
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
PÁNICO "POP"
CURTIS GARLAND

«Las risas de los muchachos y las chicas acogieron el evidente buen humor de Bill Canary. Éste hizo un gesto con su brazo, como si todo aquello le divirtiera. Pero lo cierto es que la mirada de sus pardos ojos profundos era grave y preocupada.

Súbitamente, allá en la noche, en la campiña oscura y lluviosa, estalló un tremendo, agudo alarido. Un horrible, largo, escalofriante grito de mujer».



Curtis Garland

# Pánico Pop

## Bolsilibros: Selección Terror - 137

**ePub r1.1**
**xico_weno** 01.09.16

Título original: *Pánico Pop*
Curtis Garland, 1975
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

«Estoy en contra de cualquier interferencia en la libertad individual. Como inconformista, no acepto como verdadero lo que otros dicen que lo es».

Mick Jagger (de The Rolling Stones).

# Capítulo primero

Los ecos de la canción parecieron flotar en la campiña oscura, a espaldas de la furgoneta de vivos colores que avanzaba rápidamente por la carretera de segundo orden:

«Summer's
here and the time is right
for *fighting* in the Street;
summer's
here and the time is right
for *dancing* in the Street…».

Y otras voces coreaban, con el monorrítmico acorde final de la estrofa:

«… for *dancing* in the street».

*(«Está aquí el verano y es el momento*
*de luchar en la calle;*
*ha llegado el verano, y es la ocasión*
*para bailar en la calle».*

*(De una pieza de The Rolling Stones)).*

—¡Dejaos ya de Rolling Stones! —protestó una voz jovial desde atrás—. ¡Prefiero al gran Dylan, muchachos! Vamos, acompañad, acompañad…, antes de que los truenos y la lluvia ahoguen nuestras voces…

La voz sola, grave y espléndida, comenzó la canción. Los demás la corearon con un perfecto acoplamiento de tonos:

«How does it feel, to be on your own
with no direction home, a complete unknown
like a *rolling* stone?».

*(«¿Cómo te sientes, independiente,*
*sin dirigirte a tu hogar, como un desconocido,*
*como una piedra rodante?».*

*(De una pieza de Bob Dylan)).*

Y todos siguieron con Dylan y su música, mientras allá, en la distancia, el tamborileo del trueno se hacía más sonoro y profundo, y las livianas gotas de lluvia iniciales empezaban a convertirse en un sordo batir sobre el techo del vehículo. Regueros de agua comenzaron pronto a deslizarse sobre el parabrisas de la furgoneta, y el conductor tuvo que recurrir al barrido de los limpiaparabrisas, como un inesperado compás que marcase el ritmo de sus alegres canciones jóvenes.

Muchachos y muchachas unían sus voces en el improvisado concierto. Uno de los miembros del joven grupo había tomado su guitarra, comenzando a tañerla, para acompañarles. No era tan sonora como la eléctrica, pero quizá resultaba más melodiosa, más sensible…

Delante de ellos, los faros del vehículo comenzaron a reflejarse en un suelo negro y espejeante. El asfalto de la ruta se hacía una superficie de charol rutilante, a medida que la lluvia arreciaba en su intensidad.

De súbito, un formidable estallido hizo vibrar el coche con violencia, y ensordeció a todos, ahogando sus voces y canciones. Un repentino silencio impresionante siguió al estallido del trueno. Los rostros, por un momento, se habían siluetado lívidamente en la sombra, al iluminarles el destello desgarrador que pareció romper el cielo negro en dos pedazos, justo delante de ellos.

—Cielos… —jadeó el conductor de la furgoneta de carrocería restallante de colores—. Eso ha caído cerca, muy cerca… Será cosa de acelerar lo más posible, para salir pronto de la zona del temporal…

—Mientras no nos caiga encima un rayo y nos haga pavesas… —refunfuñó una de las chicas, abrazándose fuertemente a su

compañero de asiento, en el apretujamiento forzoso a que obligaba la presencia de hasta nueve personas, dentro de una pequeña furgoneta como aquélla, en la que, además, tenía que haber sitio para equipaje, guitarras eléctricas, e instrumental del conjunto.

—Vaya, esta Jenny es graciosísima —comentó uno de los muchachos—. ¿No os partís de risa con su ocurrencia?

Hubo carcajadas y hasta una voz que intentó aliviar la tensión repentina dentro del vehículo, entonando una canción de Janis Joplin:

«I keep *moving* on,
but I never found out why…».

*(«Sigo moviéndome,*
*pero nunca he sabido por qué…».*

*(De una canción de Janis Joplin, cantante pop desaparecida, como Jimmy Hendrix, al suicidarse inexplicablemente)).*

Otro trueno cercano, restallante, silenció la iniciativa. Los muchachos de ambos sexos se apretujaban en racimos algo medrosos, por la intensidad del temporal en que se hallaban metidos.

—Intenté ir todo lo de prisa posible, para evitar esto —se lamentó el conductor—. Sabía que iba a ocurrir, pero no logré gran cosa. El maldito temporal nos ha pillado, además, en la zona más desolada de la región. Según mi mapa de carreteras, no hay un pueblo en cosa de ocho o diez millas. Si la lluvia arrecia y el temporal persiste, no sé si resultará demasiado peligroso seguir adelante…

—¿Y qué esperas que hagamos? ¿Detenernos en medio del camino y esperar a que llegue el día y nos encuentren, a lo mejor, con agua hasta el cuello? —Bufó uno de los viajeros—. Esto forma una hondonada. Y es una carretera donde ha habido frecuentes desprendimientos de tierra. En esas condiciones, sería mejor ir al propio infierno a quedarse aquí parados.

—Es que ni siquiera tenemos infierno lo bastante cerca, Rocky —objetó el conductor—. Si el mapa no miente, el primer puesto de gasolina y bar está a cosa de tres millas de aquí. Podríamos

alcanzarlo, pero creo que es sólo una cornisa, un par de surtidores, y un chamizo para tomar un café y largarse. Ni siquiera espero que quepamos los nueve a la vez.

—Hermoso lugar éste —se lamentó otro de los viajeros—. Estas cosas no les ocurren a los grandes conjuntos, sino a los miserables que viajamos como perros…

—¡Eh, no te quejes, que la furgoneta sólo lleva dos meses de servicio, y bien felices que nos sentíamos con ella! —Protestó una de las chicas—. Después de todo, este temporal no entraba en el programa de festejos del fin de semana, ¿no es cierto?

—Bueno, amigos, dejaos de discusión —cortó bruscamente una voz grave y autoritaria. Unas manos que habían estado hasta entonces rasgueando las cuerdas de la guitarra, dejaron de hacerlo. El instrumento fue depositado a un lado con cierta brusquedad. Unas manos se agitaron, a los extremos de las mangas de una blusa roja, de brillante seda satinada, con chapas pop prendidas al pecho. Unos jóvenes ojos grises, acerados, se clavaron en la carretera, barrida por la luz de los faros. La marcha de la furgoneta ahora, era lenta y llena de precauciones—. Lo cierto es que acudimos a ese festival, actuamos en él, divirtiendo a la gente, y ahora regresamos a casa con algunas libras más en el bolsillo. Es nuestro trabajo de ahora, lo hemos elegido, y es ridículo empezar a quejarse a la primera adversidad que surge. Ojalá todas las complicaciones fuesen solamente de la magnitud de ésta de hoy. He pasado muchas tormentas en mi vida. A pie por un camino, en una avioneta, en un helicóptero…, e incluso en una canoa motora, perdido en alta mar. Y nunca, nunca, un rayo me partió en dos, como resulta evidente. ¿Por qué diablos tendría que sucederme esta vez?

Apenas había terminado de hablar, una luz deslumbrante, aterradora, invadió la furgoneta, haciendo chillar histéricamente a las chicas. Simultáneamente, un estallido demoledor, que ensordeció a todos y sacudió al vehículo como si fuese a volcarlo o despedazarlo brutalmente, descendió de las alturas, justo cuando el agua se convertía en un torrente.

Chirriaron los frenos del vehículo agudamente. El conductor lo detuvo con dificultades, cuando estaban a punto de estrellarse contra un árbol situado en la cuneta.

Hubo un general respiro de alivio, seguido por otro profundo

silencio que evidenciaba el súbito miedo sufrido por los ocupantes de la furgoneta.

—Bueno, Bill, parece que sí estuvo a punto de sucederte esta vez —jadeó el chófer cansadamente, volviéndose al muchacho de la blusa roja—. Mira ahí delante: el rayo ha desgajado esos árboles y ha desprendido parte de la carretera… Sólo unas yardas más atrás…, y ahora estaríamos convertidos en carbón.

—Pero no lo estamos —el llamado Bill tragó saliva y se quedó mirando el destrozo, allí donde humeaba el árbol y un reguero de fuego se perdía, muy débil, bajo el azote de la lluvia, entre hierbajos y pedruscos hendidos por la chispa eléctrica—. Creo que la carretera está ya imposible por ese lado. Hay que quedarse aquí toda la noche, volver atrás, con lo que habríamos de recorrer diez millas hasta sitio seguro…, o probar fortuna por esa bifurcación.

Miró el conductor hacia donde señalaba la mano de Bill.

La bifurcación. Pestañeó. Ni siquiera la había advertido antes.

—Diablo, Bill, tienes ojos de lince —comentó—. Lo cierto es que ni siquiera había notado la existencia de bifurcación alguna…

—Eres un amor, Bill —dijo una de las muchachas, saliendo de su trance de terror—. Sí, creo que lo mejor sería salir de aquí, sea hacia donde sea. Esa bifurcación puede valer, ¿por qué no?

—Sí, ¿por qué no? —El conductor se volvió a los demás viajeros —. ¿Qué, muchachos? ¿Qué decidís?

—¡Adelante! —exclamó uno.

—¡Sí, Brian, adelante! —aprobó otro.

—¡Vamos, esa bifurcación, y que sea lo que Dios quiera! —confirmó un tercero.

Las voces aprobatorias siguieron. La furgoneta se puso en marcha en medio del diluvio torrencial. Comenzó a desviarse hacia la derecha. Y enfiló hacia la carretera secundaria, posiblemente poco más que un sendero vecinal, que les alejaba del punto dañado por el rayo.

No era un pavimento demasiado bueno el de aquel camino. Ofrecía numerosas grietas, algunos desniveles y abundantes puntos donde se habían realizado simples parches de asfalto sobre el trazado, dejando éste desigual e inseguro. Dado lo resbaladizo del suelo mojado, éste se convertía ahora en un serio peligro para la furgoneta pintada de vivos colores, con el nombre del conjunto pop

bien legible, en grandes letras amarillas y rojas:

«THE SILVER DEVILS».

Los Diablos de Plata. Algo grande en su género. Un conjunto de cinco chicos y cuatro chicas. Guitarras eléctricas, percusión, uniformes ceñidos, plateados, largas cabelleras, un estilo totalmente *rock* y unas variantes anárquicas pero bien acopladas al sistema del conjunto. En resumen, una música vigorosa, ágil y rica, unos *lyrics* sencillos y directos, que la juventud entendía bien…, y el éxito.

Recitales, *tournées*, actuaciones en Londres o en provincias, no en primera fila, como pudieran estarlo The Rolling Stones, The Who o Paul McCartney and the Wings, pero al menos actuaban en sitios aceptables y tenían una buena acogida por su público. Público joven, ruidoso, entusiasta. Público fácil para ellos. Sabían lo que su público quería. Y se lo daban.

Ahora, los componentes del conjunto se hacinaban dentro de la furgoneta multicolor. Sus jóvenes ojos preocupados miraban al exterior, tratando de penetrar los regueros de agua que corrían sobre los vidrios de las ventanillas. Más allá, todo eran formas y siluetas difusas, borradas en el exterior oscuro.

Brian Woods, batería del grupo, y chófer de primera especial, conductor de la furgoneta, trataba de centrar sus ojos en la zona del asfalto que los faros dejaban ver, allá ante ellos, como una banda negra, espejeante, que se perdía sinuosa en la noche.

—No me gusta esto —dijo de repente Jenny Lenox, una de las chicas que formaban el coro de tres voces del conjunto, inclinándose sobre Rocky Colé, el cantante.

—¿Por qué no? —rió Colé, abrazándola—. Es divertido, ¿no? La noche, el temporal, esta carretera desconocida… ¿Quién sabe adónde podemos llegar a parar? Tal vez a un lugar misterioso y desconocido, que nunca conocimos antes de ahora, ¿no es cierto, Bill?

Bill Canary era el guitarrista principal del conjunto, y su director musical. Bill Canary era joven, pero había rebasado ya la curva de los veintidós años. Su cabello largo era suave, sedoso y rubio, muy liso. Su rostro enjuto poseía agudeza e inquietud. Los ojos eran pardos y centelleantes, de mirada vivaz.

Escuchó las palabras de su compañero y sacudió la cabeza,

ligeramente ceñudo. Observaba el bailoteo de la furgoneta, y miraba con frecuencia al exterior, observando cómo los faros del coche revelaban las desigualdades amenazadoras del terreno.

—Sí, podemos llegar a cualquier sitio desconocido —admitió—. Y terrible, incluso.

—¿Terrible? —preguntó Melody Jordan, vocal primera del grupo, su voz principal, una muchacha tan bella y atractiva como magnífica cantante, intérprete de *rock* actual, enarcando sus pelirrojas cejas—. ¿En qué sentido, querido Bill?

—¿Se te ocurre algún otro que no sea una horrible mansión en la noche, de la que salgan vampiros y brujas para apoderarse de nosotros y destruirnos por profanar sus dominios? —rió entre dientes Bill Canary.

Hubo carcajadas generales, mientras como fondo sonaba el ronquido constante del motor, el deslizar de los neumáticos sobre el suelo mojado, y el batir persistente de la lluvia en el metal de la carrocería y en los cristales de las ventanillas y parabrisas.

Dentro de la furgoneta, alguien juzgó quizá excesiva la oscuridad, sobre todo después del irónico comentario del joven Canary, y una luz brilló, en tono ambarino, cuando se pulsó el resorte de un aplique lateral.

A su claridad, algo fantasmal, los rostros apiñados parecieron cobrar nueva forma. Hubo un intercambio de miradas tensas. Un jovenzuelo pelirrojo, de larguísima melena rizosa y frondosas patillas crepadas, dejó de hojear un ejemplar de una publicación ilustrada, apenas visible hasta entonces al reflejo de los faros en el exterior, y miró a sus compañeros pensativamente. La revista, salpicada de ilustraciones underground, con su corrosivo estilo de humor, cayó entre las piernas de otra chica, la rubia Mara Crosby, sólo ataviada con una camiseta naranja, estampada con motivos pop, sobre su torso desnudo, su breve *slip* y sus piernas igualmente desnudas.

—Vampiros y brujas… —repitió el pelirrojo, riendo—. ¡Oh, por favor, Bill! No me digas que pueden inquietarte esos personajillos góticos, obra de autores baratos o de películas comerciales de la peor especie.

—Bill bromeaba —comentó Rocky Colé, dando un golpe de sus dedos sobre las cuerdas de la guitarra inmediata, que vibró

agudamente, como una risa irónica—. Todos sabemos que eso de los vampiros y los monstruos de ultratumba, sólo son cosas de la Hammer… (*Famosa productora británica de cine de terror: Hammer Films*).

Nuevas risas y asentimientos acogieron el comentario del cantante del grupo. El organista Paul Nelson se limitó a ulular burlonamente, agitando sus brazos. Y el segundo guitarra, Burt Robbins, se agitó como poseído por algo satánico, golpeando los vidrios de las ventanillas, todo dentro de una pantomima divertida y juvenil, que provocó risas en las chicas.

Súbitamente, cuando mayor era la jovial algarabía en el interior del vehículo, hubo un sordo estampido, y el coche comenzó a patinar. Brian, al volante, emitió un grito agudo:

—¡Cuidado! ¡No os mováis…!

Risas y comentarios burlones fueron sucedidos por gritos y exclamaciones de sorpresa y alarma. Miraron todos al exterior, asustados, y llegaron a tiempo de ver las oscilaciones de la furgoneta, su zigzag violento por la ruta lluviosa…, ¡y los faros del coche fueron a proyectarse sobre una hilera de árboles hacia la cual se dirigían en derechura, sin remisión!

Las muchachas sollozaron, ocultando sus rostros. Los chicos se agazaparon, angustiados. Solamente Bill Canary trató de precipitarse al asiento delantero, para ayudar al chófer.

No hizo falta. Brian Woods probó que manejaba tan diestramente el volante como su batería. Frenó suavemente, sin cometer el error de intentarlo de modo brusco, sobre el asfalto empapado, bajo una auténtica cortina de lluvia. Por fin, logró conectar el freno de mano en seco.

Y la furgoneta se quedó clavada en el resbaladizo suelo, a menos de un palmo de los troncos de árboles donde, irremisiblemente, se hubiera estrellado, de durar la carrera una décima de segundo más. Cayeron hacia adelante los ocupantes del vehículo, confusamente, y hubo gritos, confusión y alarma, Pero nada más. Lo peor se había salvado.

—Menos mal… —mascullló Brian, resoplando. Puso sus dos manos sobre el volante, mojado por la transpiración de sus dedos, y se apoyó luego de cabeza en él—. Lo hemos logrado, amigos. Salvamos el pellejo, por esta vez. Pero habrá que trabajar duro para

salir pronto de aquí…

—¿Qué es lo que ocurre? —jadeó Bill, incorporándose, debajo de los muslos de Mara Crosby, que casi le asfixiaban, en la confusión de la caída.

—El neumático… Reventó en esa curva, no sé cómo… —se quejó Brian—. Me temo que no tendrá fácil arreglo…

—¿Por qué dices eso? —Refunfuñó agriamente Burt Robbins—. Supongo que bastará con cambiar la rueda, ¿no es cierto?

—La rueda… —se quejó Brian, volviéndose hacia él, malhumorado—. ¿Es que ya no recordáis, maldita sea? Teníais tanta prisa por salir ayer de aquel villorrio, que no cambiamos el neumático defectuoso, el de recambio. Hoy era domingo, y todo estaba cerrado donde hemos actuado, en Harrogate… Se pudo buscar ese neumático, pero no lo hicimos. Confiamos en nuestra buena suerte. Y la verdad es que… no hubo suerte. Ahora sólo tenemos ya tres neumáticos, para regresar a Manchester.

Lo cual quiere decir que ni siquiera podemos soñar en acercarnos a Leeds…, a menos que nos tropecemos con un automovilista que nos quiera prestar uno…

—Oh, claro. Eso, en una carretera vecinal, bajo esta lluvia…, y lejos de todo lugar habitado, en bastantes millas a la redonda, un domingo por la noche. ¿Es que te has vuelto loco, Brian? ¡No encontraremos hasta mañana nada de nada, por todos los diablos!

Era Paul Nelson quien se quejaba. Canary miró al organista.

—No culpes a Brian, Paul —dijo secamente—. Todos tuvimos la culpa. Debimos buscar ese neumático de recambio antes de dejar Harrogate. Ahora es tarde para lamentarse. Pero es nuestra propia responsabilidad. Bien, muchachos: dispongámonos a dormir toda la noche aquí dentro. Mañana, con el nuevo día, dos de nosotros pueden acercarse al lugar más próximo o hacer *auto-stop* para buscar un neumático nuevo. Me temo que no haya otra solución viable, por el momento.

Todos se miraron entre sí. Hubo asentimientos mudos. Otros, no parecían demasiado convencidos de pasar la noche incómodos, acurrucados dentro del vehículo, hacinados allí como una carga viviente, con el mínimo espacio vital. Ahora, parado el coche, con la lluvia exterior, torrencial y ruidosa, el bochorno crecía en el

interior, cálido y húmedo. Los vidrios se iban empañando por momentos.

—No me gusta la idea —confesó Melody abiertamente—. Pero me temo que no va a haber otra salida…, mientras dure la noche.

—Eso es —admitió Brian, el conductor—. Mientras dure la noche, abandonad toda esperanza, muchachos. A esto le llamo yo un viaje con mala suerte. Por cierto, ¿habéis traído una buena provisión de ajos?

Hubo risas al comentario, alusivo al viejo remedio contra los vampiros. Cuando menos, ni siquiera en esa adversa ocasión se diluía por completo el buen humor de los jóvenes viajeros de la furgoneta.

—Será mejor que apagues la luz de los faros —avisó Bill Canary con tono grave—. No conviene gastar las baterías…

—Otra cosa, Bill —terció vivamente Rocky Colé—. ¿No sería conveniente dejar en marcha la calefacción, pese a todo? Ahora hace calor, pero en poco tiempo la humedad nos calará los huesos. Y el frío se empezará a adueñar del vehículo lentamente. La noche es fría, daos cuenta.

—Tonterías —rechazó Canary—. No conviene malgastar energía en eso. Tenemos el calor animal para contrarrestar las inclemencias del tiempo. Somos animales racionales…, pero animales, a fin de cuentas. Procurad dormir lo más juntos posible. Olvidad prejuicios, si alguna vez los tuvisteis. Y felices sueños…, si os dejan soñar.

Las risas de los muchachos y las chicas acogieron el evidente buen humor de Bill Canary. Éste hizo un gesto con su brazo, como si todo aquello le divirtiera. Pero lo cierto es que la mirada de sus pardos ojos profundos era grave y preocupada.

Súbitamente, allá en la noche, en la campiña oscura y lluviosa, estalló un tremendo, agudo alarido. Un horrible, largo, escalofriante grito de mujer…

# CAPÍTULO II

Los jóvenes de ambos sexos cambiaron una mirada de angustia entre sí. Luego, sus ojos trataron de ahondar en la lluvia, en la noche. Brian Woods encendió de nuevo los faros, barriendo con ellos las espesas tinieblas en derredor, pero sin descubrir otra cosa que la cortina de agua, las sombras de las arboledas y los fantasmales perfiles de los arbustos agitados por el viento de la noche tormentosa.

Más allá, todo era oscuridad, y resultaba imposible ver nada en ella, pese a que Brian utilizó los faros de larga distancia, e incluso hizo pestañear brillantemente a los amarillos para la niebla.

Todo eso no hizo sino revelar lo desolado del paraje en que habían sufrido el accidente y, como máximo, una especie de indicador de caminos, algo más alejado, recortándose en las tinieblas, pero demasiado lejos para que fuese visible lo que en él pudiera decir.

—Supongo que alguien llevará un impermeable a mano —comentó Paul Nelson—. Deberíamos ver lo que dice allí, saber cuándo menos dónde estamos y a qué distancia hay algún lugar medianamente civilizado, muchachos.

—Yo tengo un impermeable y una gorra —recordó Bill Canary —. Espero que esté por ahí.

—¿Dónde? —rezongó Burt Robbins.

—Entre los instrumentos. Creo que Jenny está sentada encima, desde hace rato.

—Oh, así notaba tan frío mi trasero —rió Jenny Lennox, del conjunto coral, incorporando un poco su exuberante figura, para permitir que Canary tomara su prenda, lastimosamente arrugada.

La broma de Jenny hubiera provocado risas en otra ocasión. Ahora, parecía que nadie sentía demasiadas ganas de reír allí

dentro, y Jenny puso un gesto de circunstancias, observando a la débil luz interior de la furgoneta las expresiones de todos sus compañeros de viaje.

—¿Vas a salir a la carretera…, después del grito que hemos oído, Bill?

Era Melody Jordan quien hacía la pregunta, y su expresión era realmente preocupada, bajo sus cabellos rojos y revueltos. Bill se encogió de hombros, forcejeando por cubrirse con su impermeable, apretujado entre los demás componentes del conjunto.

—Creo que alguien debe salir a leer ese indicador, Melody —replicó—. Después de todo, fue solamente un grito. Tal vez alguna mujer histérica, perdida en la tormenta. O algún domicilio próximo, donde alguien está enfermo, asustado… No sé, pero no hay motivo alguno para sentirse alarmado. Y menos aún para tener miedo.

—¿Tú crees? —dudó Brian Woods con un resoplido, poniendo sus brazos sobre el volante, como si éste fuese una pequeña mesa. Sacudió la cabeza—. Quizá no ocurre nada allá afuera, pero deja que te acompañe. Iremos mejor dos que uno solo, Bill.

—Es ridículo —se encogió de hombros Canary—. Pero si quieres venir, no existe ley alguna que lo impida, Brian. Sólo que tú cojeas un poco, ¿no es cierto?

—Supongo que eso no es impedimento —se irritó el chófer—. Ese golpe que me di al caer de la batería en aquel maldito local de Preston todavía hace que se resienta mi rodilla, pero no tiene importancia. En marcha. Bill.

Se echó por encima una lona impermeabilizada que rebosaba en el suelo de la furgoneta, y ambos amigos saltaron al exterior, resueltamente. Sus pies chapotearon en negros charcos de agua, allí donde la carretera ofrecía desigualdades y baches. Echaron a correr a la luz de los faros, proyectada sobre la ruta y la sombra borrosa del indicador, allá tras la cortina del aguacero ruidoso y molesto.

—¡Brrr, peste de lugar! —Se quejó Woods—. Hace frío, humedad…, de todo lo peor, maldito sea.

Bill no comentó nada. Hubiera querido correr hacia el indicador, pero observó de soslayo a su compañero. La cojera de Brian era más pronunciada de lo que parecía. No podían ir muy de prisa de ese modo. Apresuró el paso, pero aun así sin forzarlo en exceso. Brian pudo seguirle, siempre con su cojera de la pierna izquierda. La

furgoneta fue quedándose atrás, difuminada en la lluvia, y sólo los dos redondos ojos blancos de sus faros se quedaron fijos en la noche, como única guía para sus pasos, entre árboles y hojarascas chorreantes. El sendero se hizo más oscuro e incierto. A su alrededor, la lluvia fingía ruidos y murmullos en los arbustos, y el viento, al silbar desagradablemente, llegaba a producir el efecto de un quejido continuo, hiriendo sus oídos.

—Endiablada noche… —volvió a quejarse Brian—. Pudimos habernos quedado en Harrogate. O haber podido proseguir viaje sin novedad. A esto le llamo yo mala suerte, Bill.

—Y lo es. Muy mala suerte, Brian —se lamentó a su vez Bill Canary—. Pero debemos aceptarlo como ha llegado. No podemos hacer nada por impedirlo, salvo saber si hay cerca de aquí algún sitio habitado a dónde acudir y refugiarse hasta que la tormenta cese, y con el nuevo día podamos ir en busca de un neumático de recambio para salir del apuro…

Iban aproximándose al indicador. Éste era de madera, evidentemente rústico, como los que aparecen en las propiedades privadas. Bill señaló algo brillante en la lluvia. Woods frunció el ceño, contemplando aquello.

—Vaya… —murmuró—. Alambradas, ¿no?

—Sí. Una valla de alambres, no lejos de ese indicador —suspiró Bill—. Creo que estamos junto a una propiedad privada…, y que este sendero no es una carretera propiamente dicha, sino el acceso a esa propiedad.

—Sólo nos faltaría que lo único que hubiese cerca fuera una casa deshabitada durante esta época del año —se inquietó Brian.

—Eso sería algo bastante bueno —rió Bill.

—¿Bueno? ¿En qué sentido?

—Si halláramos una casa sin habitantes, no dudaría mucho en allanarla, por esta noche, para pasar las horas que nos separan del amanecer bajo techado, en un auténtico edificio, sólido y seguro.

—Eso está penado por la ley, Bill.

—Claro. Pero quien allana una morada para no robar nada, huyendo simplemente del temporal, supongo que no puede ser acusado de nada grave. Eso, suponiendo que fuéramos sorprendidos o que nos identificaran, cosa que dudo. Pero no hagamos previsiones aún. Mira, el indicador ya está ahí.

—Sí. Y la luz de los faros del coche, maldita si sirve para algo… Apenas se lee nada en estas tablas.

—Yo tengo una linterna —recordó Bill—. Veamos lo que dice ahí…

Se detuvo al pie mismo del poste que sostenía el indicador. Proyectó un delgado, pero brillante chorro de luz hacia él. Pudo leerlo nítidamente:

KORSTEIN MANOR

*Sendero particular*
*y propiedad privada,*
*prohibido el acceso*
*y la permanencia*
*en estas tierras*

—Perfecto —resopló Bill Canary, con disgusto—. No sólo no nos aclara nada… sino que lo pone todo más difícil.

—Me gustaría saber cómo van a prohibirnos que permanezcamos en su sendero —rió entre dientes Brian Woods—. A menos que ellos mismos nos proporcionen un neumático nuevo, claro está…

—Ellos… —rectificó Bill entre dientes. Arrugó el ceño, clavando sus ojos en la oscuridad circundante. Cuando creyó haberse habituado a ella y no estar viendo lo que no era, hizo un gesto a su compañero—. Brian, mira allá.

—¿Adónde? —El batería trató de escudriñar la distancia. Por fin, siguió la dirección del brazo extendido de Bill. Y creyó ver algo—. Eh, es allí… Parece…, parece que hay…

—Luces —asintió con la cabeza Canary—. Sí, Brian. Hay luces. Parecen ventanas encendidas. Si es así, existe una casa. No distará de aquí más de media milla. Debe ser ésa… Korstein Manor, ¿no te parece?

—Evidente. El nombre de la casa suena a alemán, ¿no crees?

—Quizá sean alemanes. O de cualquier otro país europeo. No importa demasiado. Tendremos que pedirles ayuda, nos guste la idea o no.

—Es muy tarde, Bill. Y lo será aún más cuando lleguemos allí, a oscuras y sin conocer bien el camino…

—Espera. Volveremos primero al coche a informar a los demás. Luego, alguno de nosotros irá a la casa. Creo que es lo mejor que puede hacerse. Volvamos, Brian.

Echaron a andar. La lluvia continuaba cayendo con insistencia. De repente, Bill se paró en seco. Contempló el aguacero sobre las hojarascas circundantes. Miró a Brian. Éste, al advertir su acción, le imitó, mirándole sorprendido.

—Bill, ¿qué ocurre ahora? —preguntó.

Canary le hizo un gesto de silencio, rápido y sorprendente. Luego, miró de nuevo a su alrededor. Tenía el ceño fruncido.

Inquieto, Brian Woods hizo un gesto interrogativo. Bill susurró, sin moverse todavía:

—Ha sido un ruido. Un roce extraño entre los arbustos. No era la lluvia. Ni el viento, creo yo.

—¿Entonces…? —Brian tragó saliva, abriendo mucho sus ojos y escudriñando el lugar con algo muy parecido al miedo.

Bill Canary se encogió de hombros. Sacudió su cabeza, dando a entender que él tampoco sabía o imaginaba de qué procedía aquel ruido. La lluvia y su golpeteo en los arbustos eran un ritmo continuado y sordo, el viento emitía un silbido apagado. ¿Qué otro ruido había provocado la alarma del joven músico?

Él y Brian continuaron su marcha. No podía ser muy rápida, a causa de la cojera del batería. La furgoneta parecía de repente a inmensa distancia, como si les separase de ella una larga milla. Aun así, ambos habían acelerado su paso, siempre Bill acoplándose a la forzada marcha de su amigo y camarada.

—Sigamos —susurró Bill entre dientes, sin dejar de andar—. Sigamos, Brian, todo lo de prisa posible. Ese ruido continúa. Escúchalo. Es ahí, detrás de los arbustos… y se mueve al mismo tiempo que nosotros…

Brian había palidecido. Sin dejar de andar sobre el asfalto negro y mojado, aguzó su oído. Lo mismo que Bill antes, captó una especie de deslizamiento, de rápido roce de arbustos, de ramajes, paralelo a ellos en todo momento.

—Es como… como si «alguien» nos siguiera —jadeó, asustado.

Asintió Bill, preocupado, sus puños apretados, la mirada tensa, fija en derredor. Ahora iban a hacerse más altos los arbustos, y alcanzarían la arboleda que les separaba de su furgoneta. Eso era lo

que le preocupaba a Bill. Recordó el grito de mujer. Sabía que si alguien les seguía, lo hacía agazapado, sin dejarse ver de ellos. ¿Por qué?

—Ahora sí, Bill… —susurró Brian—. Ahora tengo «miedo»…

—Diablos, y yo también —masculló Bill, malhumorado—. ¿Crees que tengo madera de héroe de novela, tal vez?

Procuró apresurar el paso, observando que Brian Woods le imitaba, pero muy dificultosamente, acentuándose su cojera. La marcha era ya casi una carrera. Con el rabillo del ojo, miró a un punto de los arbustos, más claro que los demás. Sintió un escalofrío.

Ciertamente, había allí «algo»… o alguien, en pos de ellos. Fue una fugaz sombra oscura, en movimiento veloz, pegada a los arbustos… ¿Un animal, una persona agachada? No hubiera podido asegurarlo. Pero las seguía. Iba en pos de ellos. Y cuando ellos aceleraban sus pasos, «aquello» también lo hacía…

—Por el amor de Dios, echa a correr si puedes —jadeó Bill—. ¡Corre como te sea posible, porque ese ser va ganando terreno y lo tenemos ya a nuestro costado!

Los cabellos de Brian Woods parecieron erizarse, aunque quizá todo era impresión de sus movimientos bruscos de cabeza, en la carrera cojeando, con su cabello crepado y erizado por las modas pop de su edad y profesión.

Lo cierto es que ambos echaron a correr, resuelta, decididamente ya, en dirección a la furgoneta parada bajo la lluvia, como una mancha de colores vibrantes.

Y justo entonces, Bill Canary captó un sonido alucinante a sus espaldas, algo así como un rugido inhumano, entre los matorrales, y el roce entre éstos se hizo precipitado, siniestro, muy veloz…

—¡Dios mío, Bill, esa cosa…! —aulló Brian Woods—. ¡La he visto! ¡La he visto entre las ramas!

Bill asintió, girando la cabeza. Horrorizado, observó que Brian metía su pierna en un pequeño bache, chapoteando su pie en él. Y, perdido el equilibrio, se desplomó en la carretera vecinal, sin poder evitar un agudo grito de terror.

Canary se detuvo en seco, jadeante. Miró angustiado hacia la furgoneta, agitando sus brazos. Pero era posible que el aguacero y los regueros de agua en los cristales de ventanillas y parabrisas no dejaran advertir a sus ocupantes de lo que sucedía fuera del

vehículo… Ninguna portezuela se abrió, cuando menos.

Bill no vaciló un instante. Regresó precipitadamente junto a Brian Woods, mientras su mirada se fijaba en la espesura, esperando ver surgir ante sí a un feroz animal, ávido de sangre, o cosa parecida.

Agazapado, clavada su mirada en la oscuridad, ayudó a Brian a incorporarse. Éste, empapado de agua y fango, dirigió atrás una ojeada de terror, temiendo también lo peor imaginable.

—Está… está ahí… —sollozó.

—Lo sé —asintió Bill, ceñudo—. Puedo sentir casi su mirada fija en nosotros… No puedo ver esos ojos, pero los presiento, noto su malignidad al contemplarnos… Cuando lo desee, saltará sobre ambos…

—Pero ¿por qué? ¿Qué es, Bill? ¿Una fiera, un animal hambriento que guarda este lugar?

—No lo sé —confesó Canary secamente—. No tengo la menor idea, pero sigue ahí, esperando algo… Vamos, hay que correr, alcanzar la furgoneta. Malditos sean, no han advertido lo que nos ocurre… Adelante, Brian. Haz un último esfuerzo. Debemos llegar al vehículo lo antes posible…

—Sí, sí… Lo intentaré, pero esta maldita pierna… —se quejó Woods.

—No debe preocuparte. En marcha, y pronto… ¡Ya! —jadeó Bill, apremiante.

Sujetándose firmemente por las manos, ambos amigos corrieron todo lo que la cojera inoportuna de Brian permitía. Los dos jóvenes músicos atravesaron la arboleda, en dirección a la curva de la carretera donde permanecía parado su vehículo.

Simultáneamente, a sus espaldas, se percibió un sibilante, aterrador sonido, como la jadeante respiración de un monstruo…, y crujieron los arbustos, la hojarasca toda, agitada por la carrera de «algo» indefinible y atroz.

Sin dejar de correr, Brian miró atrás, como preguntándose qué iba a suceder ahora, de un momento a otro. De nuevo captó, borrosamente, la silueta densa, oscura, de alguna cosa viviente, en movimiento por entre los ramajes, pero sin, dejarse ver totalmente.

Y, eso sí, muy cerca. Terriblemente cerca de ellos…

—¡Rápido, rápido, Brian! —apremió—. ¡Es preciso salir de aquí

cuanto antes!

—Sí, Bill, es lo que estoy intentando —gimió Woods—. Mi pierna… Me duele mucho. Parece que la rodilla fuera a partirse en dos en cualquier momento…

Salvaron la arboleda. Atrás, sonó un nuevo rugido ahogado, escalofriante, el chasquido de ramajes al quebrarse, como si el monstruo invisible se dispusiera a saltar, a atacar mortalmente a ambos…

—¡Eh, Bill! ¡Brian! ¿Qué diablos os sucede?

Respiraron ambos con alivio. Ante ellos, destelló fuertemente una luz. Una potente linterna de gran tamaño aparecía en la noche, bailoteando delante de la furgoneta. De ésta habían descendido Rocky Colé y Paul Nelson. Este último esgrimía una carabina de aire comprimido con la que acostumbraba a probar su puntería.

—¡Atrás nuestro, Paul! —Avisó Bill—. ¡Hay algo, quizá un animal que nos persigue!

Disparó Paul Nelson rápidamente contra los arbustos por tres veces, con su rifle de repetición, que proyectaba balines de plomo bastante contundentes.

Por otra portezuela, descendieron Burt Robbins y Melody Jordan, dispuestos a ayudar también a los camaradas en peligro.

Pero, sorprendentemente, tras las tres sordas detonaciones del arma de aire comprimido, atrás no ocurrió nada. No se captó ruido alguno. Fuese lo que fuese aquello que les perseguía, había dejado de hacerlo ya.

# CAPÍTULO III

El racimo de rostros dentro de la furgoneta era ahora patético. Caras pálidas, demudadas, ojos brillantes, entre sorprendidos y medrosos. Afuera, la lluvia era como una monótona sinfonía que llegaba a crispar los nervios.

—Explica, Bill, por favor… —Era la voz aguda de Liza Lang la que sonaba. La muchacha de las notas altas en el trío vocal, elevó su tono también esta vez, por encima del de Mara Crosby y Jenny Lennox—. ¿Qué es lo que os ha sucedido ahí afuera?

Brian recuperaba el aliento dificultosamente, tendido en un asiento de atrás, doliéndose de su rodilla. Burt Robbins le había alzado con dificultad sus ceñidos *blue jeans*, de extremos deshilvanados, y la hinchazón era evidente en el punto lastimado.

Bill Canary explicó con breves frases lo ocurrido. Muchas miradas inquietas se posaron en los arbustos, pero éstos, actualmente, salvo el azote del agua, no parecían agitarse por ninguna otra razón más oscura y enigmática.

—¿No pudisteis imaginar esas cosas, Bill? —sugirió Rocky Colé, perplejo—. Tal vez la lluvia, el viento… Es fácil en noches así ver cosas que no existen…

—Vete al diablo, Rocky —se irritó Canary—. ¿Crees que veo fantasmas acaso? Apenas si advertí lo que era, pero puedo decirte que su apariencia era oscura, agazapada. Quizá fuese un animal o quizá no, no puedo saberlo a ciencia cierta.

—Un animal… ¿Acaso un perro gigantesco? —sugirió Paul Nelson, apoyado todavía en su rifle de aire comprimido.

—Acaso. No podría asegurarlo, Paul. Se movía con rapidez, emitía raros gruñidos. Pero lo cierto es que no llegó a atacarnos. Y creo que pudo haberlo hecho fácilmente. Era muy ágil, muy silencioso en sus movimientos. Y debía de ser feroz. Brian también

le vio y oyó los ruidos que producía, el gruñido extraño que emitía…

—Primero ese grito de mujer, ahora esto… —Melody Jordan parecía profundamente inquieta—. Bill, ¿no podríamos irnos de aquí cuanto antes?

—¿Cómo? ¿Con una rueda pinchada…, lloviendo de este modo… y en un lugar que desconocemos? —Canary sacudió la cabeza, abatido—. Me temo que debemos seguir esperando.

—Pero esperando… ¿qué? —se quejó Burton Robbins, rascándose sus cabellos ensortijados.

—El día, el fin de la tormenta… y el modo de obtener otro neumático —señaló Bill—. No hay otro medio, creedme.

—Son solamente las once de la noche, Bill —se quejó Mara Crosby, moviéndose con dificultad en el asiento vecino al que ocupaba la rolliza Jenny Lennox, con sus curvas generosas sobresaliendo de su propio acomodo—. Habría que permanecer aquí, como mínimo, siete u ocho horas para que pudiera alguien desplazarse a un sitio habitado donde pedir el favor…

—Un sitio habitado. —Paul golpeó la culata de su rifle con energía—. ¿No hablaste de… de unas luces distantes, en esa propiedad privada?

—Oh, sí. —Bill le miró sarcástico—. Korstein Manor. La casa en cuyos terrenos nos encontramos. Después de saber que algo nos persiguió entre la maleza…, ¿crees que será mejor lo que pueda esperarnos allá, si es que llegamos «vivos»?

Un profundo silencio se extendió dentro del vehículo. Quizá hubiera sido difícil romperlo, de no poner Jenny Lennox un magnetófono portátil sobre sus rodillas, haciendo rodar una cinta grabada con canciones de Traffic. Eso relajó un tanto la tensión existente. Rocky Colé tarareó instintivamente la melodía.

—Bill tiene razón —apoyó secamente Burt Robbins, bostezando—. Debemos permanecer en este lugar. Dos de nosotros permanecerán despiertos siempre, turnándonos, por lo que pudiera ocurrir. Apenas claree, buscaremos la carretera general y pararemos a cualquier coche que cruce. Pediremos ayuda aunque sea a la policía de tráfico, muchachos.

—Mientras no os tomen por un puñado de drogados… —se quejó Paul Nelson.

—La idea de Burt es buena —aprobó Melody Jordan—. ¿Tienes algo que alegar, Bill?

—No —rechazó Canary. Les miró a todos—. Escuchad: aunque yo sea vuestro director y empresario, en este caso la autoridad es de todos, si bien debemos mantener una cierta disciplina colectiva hasta salir del apuro. Elegid por votación si se hace lo que dice Burt, o se intenta otra cosa. Luego, Melody y yo haremos la primera guardia. A las dos horas, sobre la una de la madrugada, nos relevarán, por ejemplo, Paul y Liza. Y así sucesivamente. ¿De acuerdo?

Hubo asentimiento general. No hizo falta votación alguna. La colectividad había dicho «sí». Se acomodaron lo mejor posible los jóvenes de ambos sexos. Se escuchó un bofetón en la sombra.

—¡Fresco! —Acusó la rolliza Jenny—. Estabas usando mi muslo de almohada, Rocky…

—Perdona —rió el joven cantante del grupo—. Así decía yo que estaba demasiado blando el asiento…

—¡Idiota! —Se enfadó Jenny Lennox, entre las risas de los demás.

—Deja la música, Jenny —pidió Bill Canary a la opulenta rubia —. Nos ayudará a no dormir a Melody y a mí…

El interior de la furgoneta olía a sitio cerrado, a bochorno y a hacinamiento humano, pese a que ellos no constituían un conjunto desharrapado, sino pulcros y cuidados en su aspecto, por muy inconformista que éste fuese en sus apariencias.

Bill entreabrió una ventanilla lateral de la furgoneta, al sentarse al volante, junto a Melody Jordan. Ambos jóvenes se miraron, con un asomo de sonrisa. Bill apagó los faros, dejando solamente las luces de situación, para evitar cualquier accidente.

Dentro del vehículo corrió ahora un poco de brisa húmeda y fría. Alguno se quejó de ello entre dientes. Mara Crosby le hizo callar, diciendo que era mejor tener frío que asfixiarse antes de que amaneciera.

—Una extraña situación, Bill —comentó lentamente Melody, en la penumbra.

—Sí. —Canary encontró el suave perfil en sombras, los cabellos caoba, los ojos profundos y cálidos, el leve toque de carnoso escarlata de su boca—. Extraña y difícil. Precisamente ahora,

cuando estamos ya a punto de disolver nuestro grupo…

—¿Crees que es absolutamente necesario, Bill?

—¿Disolver Los Diablos Plateados? —rió Canary entre dientes. Luego, asintió—: Sí, Melody. Es inevitable. Ya lo tenía pensado hace algún tiempo. Lo de Mara y Rocky me ha convencido más aún.

—Aunque ellos fuesen baja, podríamos continuar los demás… —arguyó Melody…

—No, no vale la pena. No son sólo ellos dos. Sabemos que Mara no seguirá actuando donde esté Rocky… y viceversa. Tampoco Paul se lleva demasiado bien con el propio Rocky. Hemos sido una agrupación muy bien avenida, hasta hace poco.

—Hasta… lo de Erika, ¿no es cierto?

Hubo un pesado silencio entre ambos. Finalmente, asintió muy despacio Bill:

—Sí. Creo que lo de Erika lo echó todo a rodar…

—Nadie tiene la culpa de que ella… recurriese a los barbitúricos para resolver sus problemas. Es un error. Y lo pagó caro. Ya se había pasado de dosis muchas.

—En esa ocasión fue diferente. Sabemos que quería hacerlo, ¿no? Cuando menos, así lo dejó escrito. Pobre Erika… Mara era su mejor amiga. No pudo perdonar.

—Rocky es una bala perdida. Erika debió comprender que lo suyo no duraría… No es un motivo para quitarse la vida, Bill.

—Claro que no. Pero todos sabemos cómo era ella. Una hipersensible. No lo soportó, Melody. Ahora no vale ya lamentarse de todo ello. Lo cierto es que sucedió, y nuestro grupo ya no es el mismo de antes. Estamos… estamos como resentidos entre nosotros mismos… La alegría de ahora es artificiosa. Vale más terminar con esto. Quizá dentro de un tiempo rehaga el grupo con otros elementos nuevos y alguno de los de ahora, pero es preferible olvidar de momento a Los Diablos Plateados, créeme.

—Está bien, si así lo prefieres… —susurró Melody—. Pero voy a echar de menos estos meses de viajes, de actuaciones…

—Yo también. He nacido para algo así. Soy demasiado inquieto para actuar en un solo local o para trabajar en un lugar, sin moverme. Tú y yo volveremos a los escenarios provincianos, seguro. De acá para allá, como hasta ahora…

Permanecieron luego en silencio durante un rato. La música de

Traffic sonaba como algo lejano, a escaso volumen. Muchos dormían ya en la furgoneta. Bill bajó la cabeza, pensativo, evocando quizá cosas de otros momentos, de su joven pasado…

El alarido de Melody no sólo le sobresaltó a él, arrancándole bruscamente de sus reflexiones, sino que provocó dentro de la furgoneta un auténtico caos. Los cuerpos jóvenes, de ambos sexos, saltaron como disparados por unos muelles automáticos. Un repentino terror invadió el vehículo.

Bill saltó hacia Melody, con ojos dilatados por el susto, buscando la causa del grito de horror emitido por Melody Jordan.

—¿Qué sucede? —rugió—. ¡Melody!

—¡Ahí, Bill, detrás tuyo! —sollozó ella, mortalmente pálida, señalando con dedo tembloroso hacia la espalda de Canary—. ¡Ese «rostro…», en la ventanilla…!

Con un escalofrío, Bill se revolvió sobre sí mismo, buscando con la mirada la existencia de aquella faz mencionada por su compañera.

Sintió un auténtico escalofrío de terror al descubrir, entre la lluvia, flotando tras los cristales, aquella cara de mujer, lívida y desencajada, entre cabellos grises en desorden, clavada su ardiente mirada en él…

* * *

Por un instante, fue como si, realmente, una decapitada cabeza humana oscilara tras los cristales, bailoteando en la noche, siniestramente.

Fue solamente una ilusión pasajera. Tras esa previa impresión aterradora, unas manos huesudas y largas golpearon los vidrios. Y una voz de mujer sonó entre el rumor de la lluvia, para tranquilidad de los atemorizados muchachos:

—Por favor, abran… ¿Están ustedes ahí dentro? No teman nada, vengo a ayudarles…

Se miraron entre sí, indecisos, desconfiados. Ahora, Bill Canary había podido descubrir, además del rostro lívido y las manos descoloridas y esqueléticas de la inquietante dama, unas ropas oscuras, flotando al viento de la noche borrascosa. Brillaba la lluvia sobre la capa impermeable que colgaba de los hombros de la desconocida.

—¿Quién es usted? —preguntó Bill Canary, abriendo resueltamente la portezuela inmediata al asiento del chófer, en tanto que Paul Nelson alzaba hacia allí su rifle de aire comprimido, sin fiarse demasiado por las palabras de la mujer.

—Mi nombre es Sybil Korstein, señores, y soy la propietaria de este lugar. ¿Eso les satisface? —Al hablar, la mujer reveló una dureza especial en sus palabras, acaso un tono extranjero que endurecía su seco inglés.

Bill no contestó inmediatamente. Había descubierto, al asomar al exterior, la presencia de un vehículo frente a ellos. Era un carruaje de caballos con un fanal de petróleo. Su negro toldo chorreaba agua, y brillaba como charol en la penumbra. Parecía surgir del pasado, de algún mundo ya extinguido, muy lejano de aquellos jóvenes de cabello crepado, *blue jeans* ceñidos, camisas estampadas o chalecos de piel salpicados de chapas y adornos.

—Sólo podría ayudarnos facilitándonos un neumático de recambio para salir de aquí, señora —dijo Billy Canary con cierta sequedad—. Sufrimos un pinchazo y tenemos también averiado el neumático de recambio. Confío en que no sea eso un problema para ustedes…

—¿Un neumático? —La dama inquietante sacudió la cabeza, sin que pareciera importarle que la lluvia cayera sobre ella torrencialmente—. Va a ser difícil. No tengo automóvil.

—Cielos, no —se lamentó Bill—. ¿Es eso posible? En ese lugar, alejados de toda población habitada…, ¡y sin coche!

—Tengo el que me ha traído hasta aquí —replicó ella airadamente—. Y otro mayor, en las cocheras de la casa. El único automóvil de la familia lo tiene mi hijo Alex… y no está ahora aquí. Aunque es posible que vuelva mañana.

—Mañana… Para entonces no habrá ya problema, señora. Cuando amaine el temporal y salga la luz del día, será cosa fácil obtener ayuda.

—Conozco bien los temporales de estas regiones. Acostumbran a durar muchas horas. A veces, el río se desborda… y esta carretera se inunda por completo. No, no es prudente que sigan aquí toda la noche. Podrían verse arrastrados por las aguas.

—¿Qué otra cosa podemos hacer, señora? —Se quejó Paul Nelson—. En ese carruaje suyo no es fácil que podamos subir nueve

personas…

—No, pero pueden subir cuatro o cinco de ustedes. Y en otro viaje de regreso, recoger a los demás. No nos llevará más de una hora efectuar la evacuación total de su coche —sonrió fríamente la mujer—. La casa está a sólo tres cuartos de milla de aquí. Mi cochero, Iván, nos ayudará en la tarea… ¡Eh, Iván, ven acá, pronto!

Bill alzó los ojos. Por primera vez descubrió que la dama no estaba sola en la carretera ni en el calesín. Sobre el pescante de éste se había alzado una figura ancha y voluminosa, vestida enteramente de oscuro. Un hombretón de pesados movimientos respondió a la llamada de la dama. Bajó del pescante, avanzando hacia ellos sin prisas. A Bill le produjo la impresión de un enorme simio moviéndose dificultosamente dentro de un disfraz de ser humano que le viniese estrecho. Su aspecto no era nada agradable.

—Es mi fiel servidor —explicó ella, casi afablemente—. Confíen en él. Es fuerte y decidido. Puede ayudarles a llevar cuantas cosas sea posible, para evitar que se pierdan aquí si el temporal arrecia… Imagino que se sentirán todos ustedes mucho mejor en mi casa, bajo techo y ante un fuego confortable, que aquí agazapados, sufriendo las inclemencias del tiempo…

—Desde luego, señora —se apresuró a afirmar Rocky Colé—. Cualquier sitio será mejor que esto… Gracias por su hospitalidad. Creo que cuando vea un techo sólido sobre mi cabeza, va a parecerme mentira… ¿No opináis lo mismo, muchachos?

Hubo un casi general asentimiento. El llamado Iván estaba ya ante el vehículo, dispuesto a poner sus fuerzas a contribución de aquel masivo abandono de la furgoneta pop. Bill y Melody cambiaron una mirada de aprensión. Las manos velludas del hombre parecían auténticas zarpas de animal. Su rostro era hosco e inexpresivo, de grandes facciones sombrías y abundante vello. Cubría su melenuda cabeza con un sombrero negro de copa alta, digno de un cochero de otro siglo.

—Bill, recuerda… —Oyó Canary la voz de Brian Woods, procedente del fondo del coche—. Aquello que nos perseguía… Puede estar en el camino, o cerca de la casa de los Korstein. ¿Crees que estaremos a salvo allí?

—Espero que sí. —Canary miró fijamente a la dama y preguntó, contundente—: Señora Korstein, ¿qué clase de animal tienen

ustedes en sus tierras? Hay un mastín suelto que ataca a los intrusos, ¿no es cierto?

—¿Mastín? —Ella abrió mucho sus ojos, mirándole con asombro —. Oh, no, señor… No tengo perro alguno. Ahora, ya no. Tuve un mastín negro y hermoso, todo ferocidad… Pero está muerto. Muerto y enterrado hace tiempo… Sé que algunos necios han dicho que no volvieron a verle por mis tierras, después de muerto, aullando cerca de quienes tenían que morir, pero eso es ridículo, totalmente falso. Los muertos no vuelven nunca. Ni siquiera los perros.

El aullido lastimero, prolongado, sonó a espaldas de ella y de Iván, como desmintiendo sus graves palabras. Bill observó que la dama palidecía aún más intensamente, hasta parecer su cara una extraña máscara de yeso entre los grises cabellos lacios y mojados.

—Dios mío… —murmuró Melody—. Pues «eso» es el aullido de un perro, señora…

Ella se volvió, angustiada. Miró a las tinieblas. Se persignó, y luego alzó sus manos con rapidez, tomando algo que tenía sobre su pecho, y que destelló a la claridad de los faros de la furgoneta, que Bill había vuelto a encender para iluminar el negro calesín y a sus dos raros ocupantes.

—¡Yo te conjuro en nombre del Señor, espíritu del Mal! —Gritó ella roncamente, encarándose con la nada—. ¡Mi fiel «Lobo» descansa en paz, y su aullido no puede ser escuchado! ¡Alejaos, sombras malditas, y cese vuestra influencia diabólica en mis tierras!

Bill Canary observó qué era lo que destellaba entre los dedos de Sybil Korstein: era una cruz de plata, colgada de una cadena, en torno al cuello de la dama…

El aullido perruno no volvió a escucharse entre el rumor continuado de la lluvia y su batir insistente en la hojarasca y en el asfalto negro.

—Vamos, señores —dijo Iván con voz gutural, también ostensiblemente extranjera en su acento, alejándose hacia el calesín, cargado con varias guitarras eléctricas en sus estuches, así como maletas y bultos—. Pueden venir cuatro de ustedes en el primer viaje. En menos de veinte minutos, volveremos a por los otros cinco y el resto de equipaje…

Se miraron los nueve jóvenes. Bill Canary dio rápidas órdenes precisas:

—Brian, tú tienes tu rodilla en malas condiciones. Ve primero, junto con Burt, Melody y Mara. Yo iré más tarde con Rocky, Paul, Jenny y Liza. Vamos, apresuraos, y así estaremos listos lo antes posible.

Nadie protestó las decisiones de Bill. Entre Burt y Melody ayudaron a Brian a caminar sobre su dolorida pierna. Poco más tarde, el negro calesín era engullido por la noche. La señora Korstein se quedó allí con ellos, sentándose junto al asiento de Bill, con un suspiro.

Canary observó, bajo la capa impermeable, provista de caperuza, que las ropas de la dama eran añejas y descoloridas, como un disfraz carnavalesco obtenido en algún viejo desván. Todo en ella olía a rancio. Como el calesín, como el uniforme de Iván, el cochero. Como se temía que fuese la misteriosa Korstein Manor…

La mujer le miró de repente. Sus ojillos eran menudos, azules, brillantes y maliciosos. Parecían burlarse de él ahora, a medida que el negro carruaje se perdía en la distancia, rodando bajo el aguacero.

—¿Qué le ocurre, joven? —preguntó—. Parece como si tuviera miedo a algo… o a alguien. No será a mí, ¿verdad?

—No, señora. No es a usted. —Bill señaló afuera, enérgico—. Es a algo que hay aquí… Algo que nos persiguió antes…, y que no creo que fuese un espectro de su perro muerto. Era un ser real, tangible, que movía los arbustos, que emitía gruñidos extraños…

—Dios mío… —La mano de la dama aferró mecánicamente su cruz otra vez. La oprimió entre sus dedos y bajó la cabeza. Respiró hondo. Luego, dijo con voz turbia—: No comprendo qué pudo ser. No tengo animales de presa. Quizá una alimaña de los bosques…

—Sí, quizá —aceptó Bill, no muy convencido.

—No tiene nada que temer —prosiguió ella—. Está a salvo. La baronía de los Korstein fue siempre símbolo de nobleza, de aristocracia…

—¿Baronía? —El joven cantante y músico de *rock* repitió esa palabra como algo situado a
años-luz
de su generación y de sus ideas—. ¿Qué baronía, señora?

—Yo soy la baronesa Sybil Korstein —recitó la dama con arrogancia—. Esposa del difunto barón Helmut Korstein…, y éstas

son las tierras que adquirimos al llegar a Inglaterra para recordar nuestras propiedades de la frontera austrohúngara, perdidas definitivamente durante la Segunda Guerra Mundial, mi joven amigo.

—Comprendo. Es usted una aristócrata europea de antigua estirpe…

—Sí, muchacho. Eso, en vuestra época, no lo entenderéis demasiado bien. Pero es así. Yo represento otros tiempos, pudiera decirse que soy el símbolo de algo que ya pasó… —Sus ojos se clavaron preocupados allá en la oscura noche, en la lluvia, en las sombras de arboledas y matorrales—. Quizá por eso sobrevivamos junto a nuestra maldición…

—¿Maldición? —Bill arrugó el ceño, preocupado—. ¿A qué maldición se refiere, baronesa?

—A la de los Korstein… —recitó la dama lúgubremente, entornando sus ojos—. Quizá ese «algo» que usted creyó ver esta noche… forme parte de ella. Sí, muchacho. Yo, a veces, también tengo miedo. Y ésta es una de esas veces…

# CAPÍTULO IV

—Son ya las doce menos veinte minutos, Bill. Hace mucho tiempo que deberían haber vuelto…

—Sólo unos cinco o diez minutos, según lo que dijo la señora. Los minutos se nos antojan siglos, Paul. Eso es todo —sonrió Canary, encogiéndose de hombros—. No pueden tardar ya en volver.

—Si es que vuelven… —murmuró sombríamente el joven organista de Los Diablos Plateados, sacudiendo la cabeza con gesto angustiado.

—No digas tonterías —le reprochó Bill secamente—. Claro que volverán. Su señora está aquí con nosotros, esperando también. ¿Qué podemos temer?

—No lo sé, Bill. Son demasiadas cosas extrañas para una sola noche: ese grito de mujer, al ser que os vigilaba desde los arbustos…, y ahora esa baronesa trasnochada, con su perro ya difunto, que algunos creen ver y oír. Nosotros mismos oímos un aullido.

—Que pudo ser imitado por un ser humano —cortó gravemente Bill—. No te inquietes más. No va a suceder nada. Ahora, Brian y los demás están a cubierto. Y nosotros lo estaremos en breve… ¿Lo ves? Creo que ahí vuelve nuestro carruaje…

Era cierto. De las tinieblas, bajo el aguacero, surgió la forma oscura, charolada, con el tiro de dos caballos. El rodar del viejo carruaje y el pateo de los cascos de los animales en el asfalto mojado, formaban un ruido propio de otra época.

—Es como el túnel del tiempo —refunfuñó de mala gana la opulenta Jenny Lennox—. Mira, parece un fiacre, un coche fúnebre o algo así… ¿No irá derecho al cementerio, muchachos, una vez de llevarnos a una casa confortable y segura?

—Si es un chiste, no tiene ninguna gracia —protestó vivamente Rocky Colé, el cantante oficial del grupo—. Y si lo dijiste en serio, valdrá más quedarse aquí… o irse en busca de la carretera general.

—¿Con este temporal, y a oscuras? —Dudó Liza Lang—. Recuerda que incluso hay un río cerca, y posiblemente se haya desbordado ya, No me gustaría morir ahogada en una zanja. Prefiero correr el riesgo de lo sobrenatural. Puede ser, incluso, más divertido.

La baronesa Korstein se volvió hacia todos ellos con ojos fulgurantes. Su voz sonó seca, agresiva casi:

—Están diciendo tonterías, muchachos —reprochó—. No va a sucederles absolutamente nada…, excepto si se quedan aquí. Vayan preparando las cosas. Iván ha vuelto a por nosotros, y podemos estar en casa dentro de diez minutos, si nos damos prisa. No sé por qué, me parece que va a arreciar más el temporal… y no tardando mucho.

—La señora tiene razón —afirmó, huraño, Bill Canary—. Si alguien quiere quedarse aquí, será responsable de su propia suerte. No puedo obligar a nadie. Pero, personalmente, creo que lo más prudente es aceptar la hospitalidad de esta dama. ¡En marcha, vamos!

Comenzaron a cargar con todo. A la curvilínea Jenny se le cayeron de entre las manos una serie de cassettes en sus estuches. Bill se inclinó a ayudarla, aun a riesgo de verse aplastado entre la carrocería de la furgoneta y los senos impresionantes de la rubia muchacha.

Logró salir a salvo, sin embargo, entregando a Jenny Lennox sus grabaciones. Ella le sonrió volublemente, echándose casi encima de él.

—Gracias, Bill —murmuró—. Son las grabaciones musicales que la pobre Erika me dejó… No quisiera perder ninguna de ellas, aunque lo cierto es que sólo he escuchado la mitad. Oh, ¿puedes ayudarme también con esa maleta? La endiablada pesa demasiado para bajarla yo del coche…

—No te preocupes —rió Canary, tomando una voluminosa valija roja—. Yo te la llevo al calesín. Supongo que no tendré que cargar también contigo, ¿no?

—¡Cielos, no! —soltó ella una carcajada que hizo retemblar sus

pechos voluminosos—. Correrías el peligro de hundirte en cualquier bache de esta maldita carretera, cariño…

El traslado se hizo rápidamente, bajo la lluvia. Subieron los cinco muchachos y la baronesa al calesín. Hubieron de hacerlo con Iván, en el pescante, Bill, Rocky y Paul, para dejar a las mujeres detrás. El agua les azotaba a ellos implacablemente, pero no les preocupó demasiado, ya que iban a estar pronto bajo techado…

El velludo y misterioso Iván puso en marcha el vehículo. Lo hizo girar, y los caballos emprendieron un rápido trote hacia la zona oscura de la campiña. Pasaron bajo el indicador de madera, y Bill miró atrás, a donde dejaran abandonada su furgoneta multicolor, repleta de dibujos pop, llamativos y vistosos.

Le fue casi imposible vislumbrarla en la oscuridad, con sus faros apagados, y sólo las luces rojas de situación y las placas fluorescentes reflejando una claridad casi inexistente.

De repente, como comprobando los temores de la baronesa Korstein, un destello lívido desgarró el negro cielo sobre sus cabezas, invadiendo de luz cárdena el paraje, incluido el solitario y policromado vehículo del joven conjunto de *rock*. Un estallido atronador acompañó a la descarga eléctrica, asustando a los caballos de tiro, que relincharon, siendo dominados precariamente por la mano firme y ruda de Iván.

Inmediatamente después, la lluvia se convirtió en un torrente que batió con furia el desolado paraje cercano a Leeds…

—Estaba segura —musitó la baronesa, persignándose, entre las muchachas de *blue jeans* o de *shorts* deshilachados, allá detrás—. Es una mala noche… y no puede terminar bien…

Las muchachas la contemplaron, inquietas, acurrucándose en el asiento del carruaje. Bill, allá en el pescante, arrugó el ceño, sin quitar sus ojos de las lejanas luces de Korstein Manor…

Se preguntó qué les esperaría allí, entre aquellos muros desconocidos.

Una pregunta que jamás hubiera podido tener una respuesta capaz de expresar lo que iba a tocarles vivir dentro de la mansión de la baronía de los Korstein en Inglaterra…

* * *

—Me siento tan desplazado aquí como si estuviera en

Buckingham Palace, en presencia de la reina —comentó Mara Crosby, con un suspiro, contemplando las grandes arañas de cristal que colgaban de los techos artesonados, los cortinajes de terciopelo oscuro, las superficies lustrosas de los suelos embaldosados, la suntuosidad de espejos de pesado marco dorado, muebles tapizados de color granate y cuanto contribuía a crear el ambiente señorial de la residencia.

Sus piernas, desnudas bajo el *slip* breve que solamente cubría el largo faldón de su camiseta estampada, propia de las grandes ventas saldadas de Carnaby, se acomodaron con indolencia sobre el tapizado confortable de un sofá. No lejos de ella, Burt Robbins reposaba en un sillón, frente por frente al hogar donde chisporroteaban alegremente los leños, invadiendo de un grato calor toda la amplia estancia.

—Es un lugar digno de reyes —convino Jenny Lennox, paseando su exuberante humanidad rubia por los salones de la mansión. Contempló las cabezas de animales, asomando de los muros, sobre tablas en las que un letrero de latón indicaba cuándo y en qué lugar fue cazada la pieza. Desde alces hasta osos, pasando por leones y jabalíes. La muchacha sacudió la cabeza, y dejó caer su cuerpo exultante de curvas sobre unas pieles suaves que servían de alfombra a la estancia. Añadió, con un suspiro—: ¿Quién habrá cazado todos esos animales tan terribles?

—Mi esposo —dijo una voz profunda a espaldas de ellos. Giraron las cabezas, con cierto sobresalto. La dama de grises cabellos había entrado sin hacer ruido, como si sus pisadas fuesen incapaces de rozar siquiera el suelo. Se quedó contemplando las cabezas, y añadió con tono evocador—: Helmut era un gran cazador. Infalible con un arma en sus manos. Todos los trofeos los ganó por sí mismo; los bosques de Europa central, África, Oriente Medio… Estuvo en muchos sitios. Y en todos ellos cobró piezas… Mi pobre esposo, el gran Helmut. Él era grande en todo… Yo me limité a disecar esas cabezas. Sólo he sabido hacer bien una cosa en mi vida: la taxidermia.

Los jóvenes componentes del grupo se miraron entre sí, incómodos. La figura de la baronesa, con sus ropas antiguas, cayendo a lo largo de su huesuda, alta figura, los cabellos lacios y cenicientos, producían un raro efecto, iluminados por el fuego

anaranjado del hogar, entre aquellos muros de rica madera, alfombras, cortinas, lámparas suntuosas…, y cabezas de animales disecados por ella misma, tras haberlos cazado el difunto barón Helmut Korstein.

—Evidentemente, este mundo no es para mí —suspiró en voz baja Rocky Colé—. Me encuentro incómodo en él. Es… es como vivir en otra época, amigos.

La baronesa tenía un oído particularmente agudo. Giró la cabeza hacia él. Aunque sus ojos eran de un azul claro, a la claridad de la fogata resultaron casi rubíes sangrientos, destellando dentro de sus órbitas.

—Lo comprendo, joven —dijo roncamente—. Vosotros pertenecéis a otra generación, a una forma de vida muy diferente… No os reprocho que esto se os caiga encima. Pero es mejor que una furgoneta perdida en un camino, bajo la lluvia, y a riesgo de ser arrastrados por las aguas. ¿O no?

—Claro, señora —afirmó, presuroso, Bill—. No haga caso a Rocky. Es capaz de decir más tonterías que nadie, en el menor tiempo imaginable. Le estamos muy agradecidos, baronesa, ésa es la verdad.

—¡Oye, Bill, no tolero que me insultes! —Se irritó Colé, incorporándose—. Estoy diciendo simplemente la verdad. Fue culpa tuya que esto de hoy nos ocurriera, por salir tan rápidamente de Harrogate. De otro modo, ahora estaríamos descansando tranquilamente en un hotel, sin necesidad de aguantar a viejas chifladas y mansiones aburridas…

—Eres un imbécil y un grosero, Rocky —se enfureció Bill Canary, avanzando hacia él con los puños cerrados—. Discúlpate ante esta señora, y luego coge tus cosas y lárgate a cualquier otra parte donde no te vea. Nadie te obligó a venir aquí, como nadie te ha obligado nunca a pertenecer a nuestro grupo. Si todo lo que decidamos te molesta, puedes buscar otro grupo donde actuar, y olvidarte de que existo, Rocky Colé.

—Muy gustoso lo haré, puedes estar seguro —rezongó el cantante, mirándole con ira—. No tolero que controlen mi vida ni me digan lo que tengo y lo que no tengo que hacer. Vosotros sois todos mercenarios de la música comercial y de los públicos idiotas. Yo entiendo de otro modo el *rock*, el inconformismo y todo lo

demás. De modo que estaré mejor en cualquier sitio que entre vosotros.

—Ya oíste lo que pienso. Vete, Rocky. Entre nosotros no hay contratos firmados que liguen a nadie. Pero te pagaré una indemnización razonable, si la exiges.

—¡Guárdate tu dinero asqueroso, Bill Canary! —rugió Colé, agitando su pelo rabiosamente—. Y también tú conjunto de magníficos parásitos del arte. Estoy harto de todos vosotros.

—Y nosotros de ti, Colé —fue ahora la voz serena y profunda de Brian Woods la que habló, desde el sofá donde estaba tendido, junto a Jenny Lennox, dando reposo a su rodilla herida—. No hemos olvidado todavía que Erika se mató por culpa tuya…

Hubo un profundo silencio. Colé palideció, mirando a todos con ira. No estalló, porque leyó en todos los rostros idéntico reproche y hostilidad. Apretó los labios, respirando entrecortado.

—Muy bien —silabeó—. Muy bien, «amigos…». Vuestra caridad me enternece. Prefiero pensar que soy culpable de la debilidad de la pobre Erika, antes que imaginaros envileciendo a esa chica y haciéndola drogarse en exceso…

—¡Ya basta, Colé! —Silabeó Bill, muy cerca de él—. No toleraré más. Eres un cerdo, y te complace revolcarte en la basura. Vete de aquí en seguida. No te soporto más.

—Un momento, por favor —terció la voz apacible de la baronesa. Pero su autoridad era ostensible cuando avanzó resuelta hacia ellos y se interpuso entre Bill y Rocky—. Aquí, mis jóvenes amigos, soy «yo» quien ordena lo que debe hacerse o no. De momento, todos son mis huéspedes, y no permitiré que ninguno de ustedes abandone mi casa contra mi voluntad. La noche es oscura y el terreno peligroso para quien no lo conoce. Hará bien en quedarse aquí, muchacho. Mañana, decidan lo que sea de mutuo acuerdo, pero no ahora. Iván va a servirles algo caliente, un buen vino y les destinará dos habitaciones a las muchachas y otras dos para ustedes. Deberán descansar tranquilos hasta que amanezca. Entonces, Iván se ocupará gustoso de resolverles el problema del neumático…, si mi hijo Alex no regresa antes… Por favor, síganme. El comedor está aquí cerca, y aunque es hora de dormir, descansarán mucho mejor tras tomar algo confortable…

El incidente parecía zanjado de momento, pero Bill y Rocky

seguían mirándose con evidente ira mal contenida. Sólo Melody se dignó hacer un comentario, sin mirar a nadie en concreto:

—En nuestro grupo, jamás ninguno tomó drogas… Me pregunto por qué Erika sí las tomó…, y quién pudo inducirla a ello.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire. Más de una mirada convergió en Rocky Colé, que, apretando con fuerza su boca, salió de la estancia sin comentar absolutamente nada.

* * *

—Ha sido agradable el *lunch* de medianoche —comentó burlonamente Burt Robbins, tirándose vestido sobre el lecho que le correspondía, de los tres que tenía el amplísimo dormitorio—. Consomé, fiambres, cerveza… y un *whisky* para remacharlo. Me siento otro. Ya no tengo frío ni humedad en el cuerpo.

Brian Woods se acomodó lo mejor posible en su propia cama, encogiéndose de hombros, y torciendo el gesto cuando la rodilla le dolió al flexionarla.

—Espero que la digestión no nos turbe el sueño —objetó—. De cualquier modo, la cama parece excelente. Digna de un aristócrata inglés de otros tiempos, muchachos.

Bill Canary sonrió, pensativo aún su gesto. Sus dos compañeros de habitación le contemplaron atentamente. El joven músico se despojó de su camisa roja y se sentó en el borde de la cama, desnudo su torso.

—No me gustó discutir de ese modo con Rocky —comentó secamente—. Hasta ahora, el grupo era como una gran familia…

—No estés tan seguro —suspiró Brian—. Lo de Erika dividió mucho a nuestra familia. Hay personas entre nosotros que culpan a Rocky. Otros, a Erika. Y algunos, a la totalidad del grupo. Quizá sea mejor lo que tú dijiste hace días: hay que disolver el conjunto, por mucho que nos duela. Tal vez luego todo sea diferente…

—Sí, tal vez. —Bill se encogió de hombros. De pronto, irguió la cabeza. Su cuello se puso rígido al escuchar—. ¿Qué es «eso»?

También Brian y Robbins escuchaban. Sus rostros reflejaron repentina inquietud.

—Aullidos —musitó Woods—. Aullidos de perro…

—No —rechazó Burt—. No son de perro. Juraría que…

—¿Que son de un lobo o algo parecido? —Bill Canary asintió—.

Pienso como tú, Burt. Son aullidos muy extraños…

—Un lobo… —jadeó Brian—. ¿Crees que aquello que nos persiguió pudo ser…?

—Pudo serlo, ¿por qué no? —Bill sacudió la cabeza, pensativo—. Recuerda lo que dijo la señora Korstein: no hay perro en esta casa. Murió.

—También dijo otra cosa —le recordó Burt—. Que algunos habían creído ver y oír al perro, después de muerto. Y se llamaba «Lobo»…

—Tonterías —rechazó Bill—. Estas viejas casonas siempre se prestan a leyendas y cosas raras. Y más si sus dueños son centroeuropeos… ¿No es por allí por dónde circulan las leyendas de los vampiros y de los hombres-lobo?

—Vaya, pudiste acordarte de eso en otro momento —se quejó Burt Robbins—. Ahora me será muy difícil dormirme…

—¿Tienes miedo? —le reprochó Woods burlonamente—. Ya no aúlla nadie…

—No, no es miedo. Es algo que se le parece —murmuró Robbins, haciendo reír a sus dos compañeros de habitación.

* * *

También Rocky Colé y Paul Nelson oyeron los aullidos desde su habitación.

Y Liza Lang y Mara Crosby, que compartían el dormitorio. Y, por supuesto, Melody Jordan y su compañera de alcoba, la rotunda Jenny Lennox, cuyo cuerpo desnudo, sobre el lecho, era un auténtico poema. Melody se dijo que ni Rubens, en un delirio, pudo imaginarse semejantes curvas para una de sus matronas exuberantes.

Mientras tanto, Jenny comía bombones y escuchaba música en las grabaciones de Erika Klein, la compañera muerta, a tono muy bajo. Parecía poco impresionada por los aullidos recién escuchados.

—Tonterías —dijo a Melody, chupándose golosamente los dedos manchados de chocolate—. Será algún lobo o un perro salvaje. Ésta es región de bosques. Puede haberlos en abundancia, no lo dudes. Yo no creo en fantasmas. Menos aún en hombres-lobo…

—¿Hombres-lobo? —Melody se sobresaltó—. ¿Por qué se te ha ocurrido eso, Jenny?

—Oh, ¿es que no te fijaste en el salón de trofeos, en un escudo heráldico que tiene la familia de esta casa, entre la cabeza de un jabalí y la de un gran lobo? Yo sí. Me gusta la heráldica, Melody. Me gusta siempre curiosearlo todo, tú lo sabes… Bueno, pues el escudo de los Korstein… tiene por emblemas un castillo, una flor… y un ser con el cuerpo de hombre… y la cabeza de un lobo. Curioso, ¿verdad, Melody?

—La baronesa habló de un perro muerto que la gente creyó ver después… Y la «cosa» que persiguió a Brian y a Bill… Y aquel grito de mujer en la carretera… Y esos aullidos… Recuerda que los Korstein tienen una maldición…

—Oh, Jenny, no sé cómo puedes tomártelo así. Hay algo raro en este lugar… Algo que me inquieta, que me asusta incluso. Tal vez debimos quedamos en la furgoneta y no venir hasta aquí. Ese criado que tiene la baronesa, ¿te fijaste en él? Es velludo, silencioso, extraño… No me gusta. Tampoco me gusta que no tengan automóviles. Sólo carruajes de caballos, como en otro tiempo. Su hijo Alex parece ser el único que tiene coche. Pero ni siquiera hemos visto aún que existe ese hijo suyo… Es como vivir en un lugar que no pertenece a este mundo, Jenny…

—Bah, tonterías —el cuerpo increíble de la opulenta Jenny se acomodó lánguida, perezosamente, sobre las colchas de seda adamascada. Tomó otro bombón y cambió de cassette—. Si quieres dormir, apaguemos la luz, Melody. Te aseguro que ningún hombre-lobo va a venir aquí a destrozarnos la garganta…

Poco más tarde, la luz estaba apagada. Jenny Lennox trataba de dormir con su cassette a muy bajo volumen. Y Melody, acurrucada en su frío lecho, procuraba no pensar en hombres-lobo ni en siniestros barones centroeuropeos.

Se quedó dormida. Sólo una de las veces despertó a medias, creyendo haber captado el ruido de un vehículo a motor, allá abajo, en el patio de la mansión. Pero escuchó, algo adormilada, y no obtuvo confirmación. Todo permanecía en silencio.

—Jenny… —susurró en voz baja—. Jenny, ¿estás despierta?

No llegó respuesta del otro lecho, situado al extremo opuesto de la habitación, y optó por no quebrantar el sueño de su compañera de alcoba. Trató de dormir otra vez.

Lo consiguió sólo a medias. Súbitamente, volvió a despejarse

totalmente. Sintió un estremecimiento. Había captado un leve crujido cerca de la puerta del dormitorio.

Esperó, sintiendo que su corazón palpitaba con fuerza. Dilatados los ojos entre el embozo y la almohada, acechaba en la sombra, esperando a saber si ese crujido se repetía.

Y se repitió.

Esta vez fue en la propia puerta. Melody miró hacia ella con terror. La penumbra era muy profunda, la visibilidad casi nula. Pero un reflejo del exterior, acaso de alguna luz en el patio de la mansión, penetraba por la vidriera emplomada, y se reflejaba a su vez sobre el pomo metálico de la puerta.

¡Ese pomo comenzó a girar súbitamente!

Melody notó su garganta seca, el cuerpo rígido, un temblor indescriptible en sus rodillas…

No se detuvo ahí la espantosa situación. Tras el giro del pomo metálico… la puerta comenzó a ceder con un leve chirrido…, ¡abriéndose poco a poco!

El terror se apoderó ya totalmente de la muchacha. Temblorosa, aterrorizada, saltó del lecho, se precipitó hacia el de la rolliza Jenny, lanzando un grito de angustia:

—¡Jenny, Jenny! ¡Levántate! ¡Entra alguien en la alcoba! ¡Socorro…!

Dos cosas sucedieron simultáneamente, helándole la sangre en las venas a Melody. Tiró de las sábanas, éstas se echaron atrás…, ¡y la cama de Jenny apareció vacía, a excepción del magnetófono y las cassettes desperdigadas sobre la sábana!

Luego, la puerta, al ceder una abertura no muy amplia, reveló en el corredor una forma oscura, grande, ancha…, ¡como un cuerpo velludo e informe!

El grito de Melody se transformó en terrible alarido de horror. Su voz pareció rasgar la oscuridad, la noche y el silencio en Korstein Manor, y en el pasillo, el bulto indescriptible saltó hacia atrás con una especie de inhumano gruñido, desapareciendo en las sombras del corredor, como a saltos, mientras Melody gritaba, gritaba, gritaba…

Su mano crispada aferró el interruptor de la luz, lo giró una, dos, tres veces, mientras no cesaba de gritar. En vano.

No había luz en la casa. Todo siguió a oscuras.

* * *

La confusión reinaba en los corredores de la planta alta. Linternas eléctricas, fósforos, encendedores a gas… E incluso, finalmente, unas velas encendidas, en un candelabro de plata. Era Iván quien lo portaba, subiendo presuroso las escaleras, a medio vestir.

—¿Qué sucede? —preguntó—. La tormenta ha debido producir una avería en el suministro de fluido eléctrico. Estamos sin luces… Y esos gritos…

—¡Avisa a la baronesa, pronto! —Exigió Bill Canary, que ya estaba junto a Melody, oprimiéndola calurosamente contra sí, mientras ella sollozaba ahogadamente, rotos sus nervios por la experiencia sufrida poco antes—. Ha sucedido algo que ella debe saber…

Alrededor, entre las inciertas luces, los demás eran visibles, todos a medio vestir, despeinados, con el sueño en sus jóvenes rostros: Brian Woods, Rocky Colé, Paul Nelson, ya armado con su inseparable carabina de aire comprimido, Burt Robbins, las chicas…

—Vamos, vamos, debes calmarte, Melody —murmuraba Mara Crosby junto a ella—. No ha sucedido nada. Todo está bien ahora. Cuéntanos qué sucedió, para que podamos hacer algo…

—Sí, Melody —apoyó Bill—. ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Qué te asustó de ese modo?

La muchacha procuró hacerse comprender, entre sollozos:

—Fue primero la… la puerta… Alguien la abrió… Parecía…, parecía un ser horrible, todo peludo… Un bulto sin forma, pero que venía hacia mí… Grité, busqué ayuda en Jenny… Pero Jenny no estaba… La cama estaba… vacía… Me vi sola… frente al monstruo…

—¿Vacía? ¿La cama de Jenny? —Se asombró Bill—. ¿Y ella? ¿Dónde estaba?

Miró en derredor, buscando a la exuberante rubia para formularle la pregunta. La buscó en vano entre todos los presentes. Los jóvenes se miraban unos a otros. Liza Lang reveló asombro en su gesto:

—Es raro. No está aquí…

Bill, rápido, dejó a Melody en manos de Mara, y corrió al interior de la alcoba de ambas muchachas. Miró la cama vacía, el

magnetófono, ahora en silencio, las cassettes… Lo revisó todo. Ni rastro de Jenny. Y con su cuerpo, no era fácil ocultarse…

—No está —informó secamente, al volver al corredor—. Debió de salir durante el sueño de Melody y se fue a alguna parte. Tal vez se haya perdido en la mansión… o esté dormida en cualquier otro lugar, Iván, acompáñeme. Buscaremos a Jenny.

—Voy contigo —dijo Paul Nelson, decidido, enarbolando su rifle.

—¿Qué sucede aquí, señores? —Fue la brusca pregunta que brotó al extremo del corredor, cuando apareció la baronesa Korstein, altiva y severa, envuelto su huesudo cuerpo en una bata acolchada, de seda marrón oscura—. ¿A qué viene todo este alboroto?

—Alguien quiso entrar en la habitación de Melody —explicó Bill—. Un ser velludo, grande…

—Dios mío… —La baronesa pareció más pálida e insegura, de repente—. ¿Seguro que no fue solamente una pesadilla, jovencita?

—Seguro que no —rechazó Melody—. Estaba bien despierta. Grité, y la «cosa» huyó… Mi compañera de habitación no está. Ha desaparecido.

—Bien… —La baronesa vaciló. Luego, se volvió a Iván—. Busquen a esa muchacha. No puede estar lejos. Lástima de oscuridad… Esto ocurre a menudo, cuando hay temporal…

Se dispersaron en grupos, comenzando la búsqueda. Con Bill formaron grupo Paul, la propia Melody, que no quería separarse de él, e Iván. La baronesa se unió a los demás, y las llamadas a Jenny Lennox atronaron la casa por doquier.

La exuberante rubia seguía sin dar señales de vida. No hubo respuesta de ella.

Llegaron a la planta baja. Bill, tras una indecisión, se encaminó al amplio comedor, donde les fuera servido el *lunch* de madrugada. Lo recorrieron hasta detenerse en las corredizas puertas de madera de roble que conducían al salón de trofeos y lectura. Bill tomó ambas puertas. Las empezó a abrir. Desde el interior, les llegó la claridad fantasmal de los leños convertidos en brasas, allá en el hogar. Un vaho de calor les alcanzó.

Resueltamente, Canary abrió del todo las puertas, y avanzó por el salón, directo hacia el ala donde se agrupaban los trofeos

colgados de los muros. Allí la claridad del fuego era más intensa. El escudo heráldico, policromado de la baronía de los Korstein, destacaba con fulgores rojizos.

Al pie de él encontró a Jenny Lennox.

Rápido, se volvió para impedir que Melody la viese. Intentó evitarlo, pero fue imposible llegar a tiempo. Melody vio a su compañera. Su grito de horror fue esta vez más terrible y profundo que el que anteriormente provocara la alarma.

—Dios mío… —susurró Paul Nelson, dejando caer de sus manos el rifle.

Las velas del candelabro de Iván derramaron claridad sobre el cuerpo de Jenny. Sólo se cubría con una camisa sin abotonar y un *slip*. Sus formas reposaban sobre la alfombra, justo debajo de los trofeos y el escudo heráldico de los Korstein.

Estaba muerta. Sobre sus muslos, senos y nalgas, la sangre había formado charcos y regueros impresionantes. Tenía la boca convulsa, los ojos desorbitados, con una patética y postrera muestra de terror sin límites.

El cuello era un desgarro total, un destrozo sanguinolento que incluso permitía ver la blancura de sus huesos, bajo la carnicería espantosa producida por algo incisivo, sin duda unos pinchos, quizá unos garfios… o las garras terroríficas de algún animal espeluznante.

# CAPÍTULO V

Melody estaba ya tendida en un sofá, presa de crisis nerviosa aguda, asistida por una temblorosa Mara Crosby, en tanto Bill y Paul cambiaban una mirada estremecida y sombría, cuando sus ojos dejaban de estudiar el destrozo realizado sobre la infortunada Jenny.

Canary se arrodilló, estudiando más de cerca aquel cuerpo de mujer que ya no se estremecería, frenético de *rock*, sudoroso, pero insinuante, en los escenarios de música pop, de provincias. Había dejado de existir vida en él. Ahora era una piltrafa sanguinolenta. Al contacto de sus dedos, conservaba solamente la tibieza de la piel que yace cerca de un fuego, pero ya iniciando su *rigor mortis* paulatinamente.

—Mira, Paul —señaló a Nelson con gesto ceñudo—. Hay arañazos también sobre sus senos. Son como garras de animal, no hay duda, Y muy feroces, por cierto…

—Sí, eso parece… —Nelson miró en torno. Señaló con un ademán a una de las numerosas alfombras de piel de animal que cubrían el suelo de la estancia—. Garras como ésas, Bill…, pero llenas de vida, de ansia de sangre humana…

Canary no dijo nada. Se incorporó con un suspiro, tras mirar el gesto de horror infinito que mostraba el rostro familiar de la buena de Jenny. Caminó hasta una de aquellas alfombras y se arrodilló, estudiando sus uñas engarfiadas, pero ya inofensivas, en la piel de un oso pardo. Luego, examinó las de un animal más pequeño, un lobo de regular tamaño. Sacudió la cabeza, pensativo.

—El monstruo que la atacó, era demasiado cuidadoso para ser un vulgar animal —dijo con voz ronca—. Sólo derribó un taburete, en su ataque a Jenny…

Era cierto. Paul contempló el escabel volcado, no lejos del

cadáver. Iba a decir algo cuando irrumpieron violentamente los demás, con la baronesa a la cabeza. Hubo gritos agudos de horror, apenas había preguntado la vieja aristócrata con voz potente:

—¿Qué es lo que ocurre aquí? ¿Qué significó ese nuevo grito…?

Enmudeció mientras los demás gritaban. Su rostro tomó un tinte cadavérico. Bill no le quitaba ojo en esos momentos. La vieja dama avanzó, tambaleante, se paró frente al cuerpo poco antes en plenitud vital de Jenny Lennox. La estampa sangrienta pareció abrirse paso dificultosamente en su cerebro. Luego, susurró:

—Oh, no… No es posible…

—Ya ve que sí lo es, señora —replicó agriamente Bill Canary—. Algo o alguien ha atacado a nuestra compañera, asesinándola. Usted tiene que saber qué clase de animal, de fiera salvaje hay aquí suelta…

—No, no, por el amor de Dios… —jadeó la baronesa—. No puede ser. Sangre… ¡Sangré…! Es lo peor que podía suceder. Sangre… Ahora…, ahora ya nada podrá impedirlo… Es la maldición de los Korstein… La maldición… Dios mío, sangre…, sangre…

Y cuando Bill iba a interpelarla con toda la energía de que era capaz, Sybil Korstein se desplomó inconsciente sobre las alfombras de pieles.

Una expresión de horror indescriptible, convulsionaba su rostro huesudo.

* * *

—La maldición de los Korstein… ¿Qué es ello, Iván?

El fiel sirviente de la baronesa, retrocedió ante la mirada poco amistosa de Canary, duramente clavada en él. Su confusión era ostensible. Su tono al hablar, aún resultó con mayor acento extranjero que nunca:

—No, no… Yo no sé, señor… Yo no puedo hablar. Sólo soy… un criado, un sirviente de los señores…

—¿Señores? —terció vivamente Brian Woods, cuyo rostro, pálido y demudado, aún guardaba huellas claras del recién sufrido impacto, ante el cadáver destrozado de Jenny—. ¿Quiénes son esos señores? Que yo sepa, Iván, sólo tienes a la baronesa. Su esposo murió, y su hijo no ha dado aún señales de vida. ¿Dónde está ese tal

Alex Korstein?

—Ausente, señores… —jadeó el criado—. Él es mi amo, lo mismo que la señora. E igual que lo fue el señor…

—De modo que llevas muchos años a su servicio —juzgó Woods.

—Sí, muchos. Toda mi vida, señor. Mis padres fueron sirvientes de los señores de Korstein, en Eisenstadt, a mitad de camino entre Budapest y Viena… Y yo seguí a su servicio, porque así ha sido siempre…

—Ya. Servidumbre de padres a hijos —comentó Canary, sacudiendo la cabeza—. Cielos, qué épocas, qué mentalidades… Trato de entenderlo, y no puedo, Iván. ¿Eres ruso?

—De Kiev. Ucraniano, señor.

—Bien, amigo. Habrás oído hablar entonces de los vurdalaks de tu tierra, ¿no? —preguntó Bill gravemente.

—Oh, vurdalaks… —El criado ruso cruzó sus dedos en una señal de la Cruz—. Monstruos que no son hombres. Que no viven. Los No-Muertos. Los vampiros…, y hombres-lobo, señor.

—Sí, creo que son algo así —admitió Canary, ceñudo—. Iván, ¿hay vurdalaks en Korstein Manor?

—En nombre del Señor, ¿cómo iba a haber? —Se horrorizó Iván, dando un paso atrás, sobrecogido—. No existen, fuera de aquellos lugares de Europa…

—Pero la baronesa habló de una maldición. Ahora ella está arriba, acostada, recuperándose de su impresión. Su corazón no parece estar muy bien, y no conviene molestarla. Por eso te preguntamos a ti, Iván: ¿de qué se trata esa maldición?

—No soy quien… No estoy autorizado para hablar de esas cosas, señor. Si el señor Alex estuviera, sería diferente. Pero yo…, yo he jurado fidelidad a mis señores. No puedo hablar de secretos suyos, compréndalo…

—Iván, una muchacha ha muerto horriblemente destrozada, esta misma noche, en esta casa. Eso no es ninguna broma. Debe intervenir la policía, la ley. Todo deberá revelarse, sin ocultar detalle alguno. Esto es un asesinato. Un feroz asesinato que no parece humano, Y no creemos que sea humano. Esos aullidos de antes, la existencia de «algo» que nos persiguió a Brian Woods y a mí en el bosque… y algunas otras cosas, como la sombra peluda que Melody vislumbró en el corredor, queriendo entrar en su alcoba.

¿Qué está sucediendo aquí y por qué una compañera nuestra tuvo que ser víctima de ese monstruo…, o lo que sea? Es lo que quiero saber. Lo que exijo, imperiosamente, saber. Y vas a decírmelo tú, Iván.

—No, no, señor… —imploró el ucraniano, retrocediendo angustiado—. Le ruego que no insista, que no me obligue… Yo no puedo abrir mis labios, revelar nada… Pregúntele a la baronesa, al señor Alex…

—La baronesa está mala —le recordó secamente Brian Woods—. Y Alex Korstein aún no ha dado siquiera señales de vida… ¿Dónde se oculta ese hombre, si es que de verdad existe?

—Aquí estoy. Y no me oculto de nadie —dijo una voz rotunda desde la puerta del salón.

Todos giraron la cabeza, sobresaltados. Iván dio un respingo. Se persignó, apresurándose a salir de la estancia, tras una breve ceremonia respetuosa hacia el recién llegado.

Bill Canary avanzó hacia el hombre con parsimonia. Hundidas sus manos en los bolsillos de sus ceñidos *blue jeans*. Afuera, retumbó un trueno lejano. Se percibía el ruido de la lluvia sobre el jardín de Korstein Manor.

—Barón Alex Korstein —recitó Bill—. Supongo que es usted…

—En persona —una fría sonrisa curvó los labios del desconocido —. ¿Qué está sucediendo en mi casa? ¿Qué hacen todos ustedes aquí?

Les miraba con el frío desprecio que los muchachos de su edad y costumbres despertaba siempre en los miembros de las «otras» generaciones. Especialmente, cuando se trataba de representantes de otras escalas sociales que no podían comprender a los jóvenes como Bill Canary y sus compañeros.

La presencia de los cinco hombres y las tres chicas en su casa, se le antojaba sin duda casi una profanación. Su gesto era abiertamente hostil. Y no había duda de que aquel hombre sabía ser hostil.

Era alto. Tan enjuto y anguloso como su madre, la baronesa. Ojos muy azules y fríos, nariz aguileña, cabellos entre rubios y blancuzcos, con muchas canas prematuras. Tez pálida, boca delgada y grande. Vestía de oscuro, con un sobretodo negro, mojado de lluvia, y llevaba en su mano derecha un sombrero hongo,

igualmente negro, e igualmente húmedo. Sus manos iban enguantadas, y llevaba botas, superpuestas al pantalón de gruesa lana.

—Es una larga historia. —Bill se encogió de hombros—. Somos una formación musical de *rock*. Veníamos de actuar en Harrogate. Se nos averió la furgoneta en plena carretera, y su madre nos ofreció hospitalidad. Han ocurrido algunas otras cosas. Y esta noche, de repente…, alguien asesinó a una compañera nuestra, mientras dormíamos.

—¿Asesinada? —Alex Korstein frunció el ceño, con mirada brillante y fría—. ¿Qué significa eso? ¿Alguno de ustedes se atrevió a ensuciar mi casa con un crimen brutal?

—No ha entendido bien, barón —replicó Canary fríamente—. Alguien de esta casa mató a una amiga y compañera nuestra. La destrozó brutalmente. Nosotros no somos gente violenta, barón. Sólo músicos, cantantes y cosas así. Trabajamos para divertir y divertirnos. Y, de pronto, nos ocurre algo así…

—Yo tengo entendido otras cosas de ustedes, los *hippys* —masculló Alex Korstein, despectivo el tono.

—Nosotros no somos *hippys*, barón, sino músicos de *rock* solamente. De cualquier modo, tengo amigos *hippys*. Y tampoco son sucios ni violentos. La violencia está aquí, entre ustedes, sin duda alguna. Alguien en este lugar cayó sobre la chica, destrozándola. Quiero saber quién.

—No tolero exigencias —cortó fríamente Alex Korstein—. Por otro lado, joven, aquí no somos más que mi madre, Iván y yo. ¿Nos acusa a alguno de ese hecho, quizá?

—No lo sé. Sólo puedo afirmar que existe alguien más, animal o persona, barón. Algo o alguien que no; persigue entre la espesura, que acecha, que gruñe y aúlla… Alguien que trata de entrar en las alcobas de las mujeres…, y parece tener un cuerpo velludo. Alguien con garras…, capaz de destrozar la garganta de una chica indefensa…, ¡como ésa!

Bill fue hasta el cuerpo de Jenny y quitó de encima la manta que, piadosamente, echara sobre ella Brian Woods. El barón exhaló un alarido, cubriéndose el rostro con ambas manos, repentinamente pálido. Desorbitados los ojos, reculó hasta la pared de madera, donde se encogió, jadeando con voz ronca, sacudido por

convulsiones casi epilépticas:

—Oh, no…, no… No es posible… Esa sangre…, esa mujer… No, no, tápelo todo, por el amor de Dios, tápelo… —Y todos pudieron oír sollozos ahogados en la garganta del joven barón Alex.

—La maldición, barón… —apremió Bill—. ¿Qué significa la maldición de los Korstein?

Alex, en vez de contestar, lloriqueaba roncamente. Luego, salió de la estancia, con una arcada violenta. Se le oyó vomitar en el vestíbulo, correr escaleras arriba, y una puerta restalló, al cerrarse violentamente, ahogando su voz por completo.

Los jóvenes se miraron entre sí, sobrecogidos por la escena. Bill Canary sacudió la cabeza, con desaliento. Caminó de un lado a otro, las manos en sus bolsillos, la mirada perdida en el vacío.

—Una familia decadente… Un hombre débil, enfermizo… ¿Notasteis sus temblores? Casi un epiléptico… Una vez leí que las antiguas leyendas de los hombres-lobo tuvieron su origen en ataques de epilepsia, que son más violentos con la luna llena…

—Pero esta noche no hay luna llena, Bill. Ni una simple epilepsia permite a un hombre desgarrar así una garganta humana —señaló Paul Nelson roncamente.

—Sí, lo sé. —Canary se encogió de hombros. Miró a Melody Jordan, que contemplaba con fijeza el escudo de los Korstein, entre las cabezas disecadas del muro. Sus ojos alcanzaron a contemplar la singular figura de un hombre desnudo…, con cabeza y garras de lobo. Formaba parte destacada de la heráldica familiar—. ¿También te fijaste en eso, Melody?

—Jenny se fijó antes que yo —suspiró la muchacha—. Me estuvo hablando de ello en el dormitorio…

—Quizá se le ocurrió bajar a contemplarlo, durante la noche —apuntó Rocky Colé, sombrío—. Y ya nunca más regresó arriba…

—Pero eso…, eso significa que alguien deambula por esta casa en la noche —jadeó Brian Woods, avanzando cojeando hasta el escudo, que examinó críticamente—. Cielos, Bill, ¿tú crees que pudo ser un monstruo así lo que nos persiguió por la carretera?

—Sí, pudiera serlo —admitió roncamente Canary—. Yo me pregunto cuál es la maldición de los Korstein…, y me pregunto si no será precisamente ésa: ¿no habrán heredado la terrible condición de la licantropía? Ese perro difunto, al que muchos han creído seguir

viendo después de su muerte…, ¿no será en realidad un hombre-lobo?

—Sí. Ésa es la maldición de los Korstein —sonó una voz ahogada, triste y fatalista—. Está escrito que sólo los varones de la familia hereden el terrible mal.

—Baronesa… —Bill se volvió hacia ella, en medio de un impresionante silencio. La dama había bajado con su bata oscura, muy pálida la faz, despeinados sus cabellos, opacos los tristes ojos, y permanecía en pie, en la puerta de la sala de trofeos—. ¿Es eso posible? ¿Puede un hombre transformarse en lobo?

—Yo nunca lo vi con mis propios ojos —suspiró la dama con fatiga—. Pero he visto a ese animal monstruoso, vagar por mis tierras… Sin embargo, está escrito en la maldición. Está señalado que sólo cuando la sangre se derrame una vez…, el hombre-lobo de los Korstein sentirá desatada su sed de sangre y atacará…, y destruirá…, a todo ser viviente…

—Baronesa, ese hombre-lobo…, ¿quién puede ser ahora? ¿Su hijo Alex, quizá?

—Helmut lo fue… —recitó ella sin responderle, la mirada pérdida—. Helmut sufría los efectos de la vieja maldición… Y al morir él…, está escrito que su hijo herede su condición… Mi pobre Alex…

Y rompió en sollozos ahogados, sin añadir una palabra más a cuanto había dicho.

Melody se acurrucó contra los brazos de Bill Canary. Éste la acogió contra sí, besó sus cabellos, sin dejar de mirar a la anciana baronesa, al escudo heráldico, al cuerpo tapado de la infortunada Jenny Lennox.

Arriba, en algún lugar del piso alto, eran ligeramente audibles quejidos y gritos roncos, como gruñidos. Se sentían golpes en el suelo, en la puerta, como si alguien fuera presa de una crisis terrible y violenta.

Paul Nelson apretaba su escopeta de aire comprimido sin convicción, como seguro de que si llegaba lo peor, aquel arma sería como un juguete, contra un ser de tan diabólicos poderes.

—Y esta maldita y vieja casona, sin un mal teléfono para llamar, cuando menos, a la policía… —se quejó amargamente Brian Woods, dejándose caer en una butaca con aire aturdido.

* * *

Iván se apartó de la ventana, con un suspiro. Bajó los potentes prismáticos que llevaba en la mano, y miró con pesimismo a los tres hombres.

—Lo siento mucho —dijo con voz cansada—. Lo que me temía, ha sucedido. El río se desbordó con el aguacero torrencial de las últimas horas. La carretera está totalmente anegada. Sería suicida aventurarse por ella, incluso con el carruaje. Debe haber más de una yarda (*Una yarda equivale a poco menos de un metro y diez centímetros*) de altura en algunos puntos. Es muy arriesgado meterse en terrenos así.

—De modo que ahora, que está amainando la lluvia…, ¡estamos bloqueados por el agua! —se quejó amargamente Paul Nelson.

—Ésa es la situación —admitió Iván, cerrando de nuevo la alta ventana de las buhardillas de la casa—. Con el nuevo día, si la lluvia no recrudece, se irán yendo las aguas, y será posible hacer algo, pero no en la oscuridad.

—Aislados…, cerca de un monstruo, de una bestia sanguinaria… —completó Canary con voz ronca—. Una hermosa perspectiva la nuestra… Creo que será mejor no confiarse, ni ir a dormir siquiera. Despiertos y juntos, nos protegeremos mejor de cualquier peligro. ¿No hay armas en la casa, Iván?

—¿Armas? El barón fue un gran cazador. Tiene rifles en un armario, pero está cerrado con llave…

—Habrá que abrirlo. Necesitaremos armas para defendernos hasta el momento de salir de aquí, Iván.

—Ese armario no se abrió nunca, señor, desde que murió el barón.

—Alguna vez ha de ser la primera. No estoy dispuesto a esperar que me cacen, sin tener un medio de defensa. Eso, tu difunto amo lo entendería muy bien.

—He visto una panoplia en la biblioteca, Bill —habló Brian Woods, pensativo—. Creo que elegiré un arma blanca. No sabría manejar un rifle, la verdad.

—Sea como sea, debemos estar armados y bien alerta, esperando lo que pueda sucedemos, la amenaza que caiga sobre nosotros —suspiró Bill Canary, ceñudo—. Las chicas nunca deberán quedar solas bajo pretexto alguno. Estamos obligados a protegerlas con

todos los medios a nuestro alcance.

—¿Crees que son ellas las que más peligran? —Se inquietó Paul.

—Por el momento, la única víctima del monstruo es una mujer —dijo Bill secamente—. Y casi siempre que se habló de hombres-lobo, sus víctimas fueron del sexo femenino, ¿no recordáis? En relatos, películas… En todo coinciden sobre eso.

—Sí, parece tener cierta lógica —admitió Brian—. Bill, ¿de verdad crees que sea ese hombre, Alex Korstein, quien… destrozó la garganta de Jenny?

—Ya visteis cómo se impresionó ante la muerta, Pero eso no significa nada. Imagino que un licántropo olvidará, cuando es humano, lo que hizo bajo los efectos de su mal.

—Oh, Bill, todo esto suena a delirio —se quejó Paul Nelson—. ¡Hombres-lobo, maldiciones familiares…! Es como… como una mala película para asustar a un público necio…

—Sólo que esto no es una película, Paul —le recordó Canary—. Estoy de acuerdo contigo. Personas como nosotros, metidos en un mundo gótico, de pesadilla, frente a la amenaza de un monstruo… No tiene sentido, lo sé. A veces me pregunto si en la vida suceden cosas así, si realmente existieron alguna vez los vampiros, los hombres-lobo… Y parece que la respuesta no es la que habíamos imaginado…, ni la que nos gustaría oír.

Echó a andar resueltamente, siguiendo los pasos de Iván, que iba abriéndoles paso, escaleras abajo, con un candelabro de seis brazos, en cada uno de los cuales ardía una vela. Las vacilantes llamas, en los amplios corredores donde el aire frío de la madrugada corría por las rendijas de puertas y ventanas mal ensambladas, producían efectos fantásticos e impresionantes sobre los muros, al agigantar y deformar las sombras de los cuatro hombres.

Bill contemplaba la simiesca silueta de Iván, sus manos velludas, su larga melena desordenada, su rostro, velloso y hosco…, y se decía que también un simio podía destrozar a un ser humano. Pero los Korstein hablaban de un lobo. Y la baronesa había mencionado una antigua maldición…

Llegaron abajo. Ni la baronesa ni Alex aparecían a la vista. Las tres mujeres formaban un grupo medroso, en un rincón de la biblioteca, convertida por voluntad general en el cuarto de estar de los invitados, mientras durase la siniestra noche. Cerca de allí,

quedaba el cuerpo de la pobre Jenny, rodeado de trofeos de caza, bajo el escudo heráldico de la familia maldita.

Canary observó que sólo Burt Robbins permanecía con ellas, y había puesto en práctica la misma idea que tuvo Brian Woods. En sus manos centelleaba un alfanje, cuyo hueco era visible en la panoplia. Les miró pensativo, al verles llegar. Iván se alejó por el vestíbulo hacia las dependencias de servicio, murmurando un confortable aviso:

—Les prepararé algo de café… Creo que les irá bien.

Brian frunció el ceño, apoyándose en un mueble, para dar descanso a su dolorida pierna izquierda. Era evidente que tenía muy inflamada la rodilla ahora. Caminaba con creciente dificultad.

—¿Se marchó la baronesa? —indagó, preocupado.

—Hace unos minutos —suspiró Melody, incorporándose—. Su hijo sollozaba arriba, en su habitación. Quería hablar con él…

—¿Crees que hizo bien? —dudó Paul Nelson.

—No lo sé. —Bill se encogió de hombros—. Es su madre, ¿no? Ella sabrá lo que se hace… Por cierto: ¿y Rocky? Se supone que debía estar aquí, escoltando a las mujeres…

—Salió un rato —dijo Burt Robbins, apoyando el machete en un mueble—. Quería tomar un poco el aire. Casi ha dejado de llover, ¿lo sabías?

—Sí. Y también sabemos que estamos bloqueados por el agua. Hubo inundaciones —explicó malhumorado Nelson.

—Rocky no debió salir al patio o al jardín —se irritó Bill—. Nadie debe ir solo. Como mínimo, dije que fuésemos grupos de tres…

—Ya sabes cómo es Rocky —resopló Burt—. Cualquiera le decía nada…

Bill no dijo nada. Con el ceño fruncido, fue a la panoplia y tomó otra arma blanca, un sable militar que desenvainó, contemplando la afilada y curva hoja.

—Vamos —dijo—. Será mejor ir en su busca. Ven conmigo, Burt.

Robbins asintió, disponiéndose a reunirse con él para emprender la búsqueda de Rocky Cole. No llegaron a iniciar su operación.

El agudo, terrible grito que llegara del exterior, les sacudió como una descarga eléctrica de alto voltaje. El grito se repitió, junto con un ronco bramido, ruidos indefinibles y lejanos, jadeos, golpes…, y,

finalmente, un nuevo grito, infinitamente más largo y estremecedor.

Después, reinó un silencio de muerte.

—Cielos… —Palideció Bill Canary, apretando con furia la empuñadura de su sable—. ¡Vamos, pronto! ¡Burt, Paul! ¡Tú quédate con las mujeres, Brian, y toma un arma de esa panoplia!

Salieron a la carrera al vestíbulo. Desde la cocina, llegaba el reflejo del candelabro y las pisadas torpes de Iván. Bill elevó sus ojos a la planta, de donde no llegaba el menor ruido, ni señal alguna de vida. Las pupilas aceradas del joven reflejaron un destello de inteligencia y combatividad.

Alcanzaron el gran portalón de la vieja mansión señorial, adquirida por los Korstein a su llegada a Inglaterra, huyendo del nazismo quizá. Bill descorrió violentamente los cerrojos y giró el pestillo, abriendo la recia hoja de madera, con la ayuda de Paul Nelson y Burt Robbins. Dos de ellos llevaban lámparas eléctricas. Asomaron al amplio jardín arbolado que rodeaba el edificio. La oscuridad era muy profunda, pero llovía ya ligeramente, amainando cada vez más. Muy lejos, tamborileaba el trueno, alejándose la tormenta hacia el sur del país.

Los haces de luz blanca horadaron las sombras, revelando ramajes y hojarasca brillante de humedad, charcos y senderos de fango. Más allá, los árboles goteaban agua de lluvia copiosamente, y formaban como un silencioso coro de gigantes, mudos testigos de algún horror inconfesable.

Allí cerca había un anexo con puertas para garaje. Y algo más lejos, una extraña edificación, muy baja, de piedra vieja, como un bunker con hierbajos en las intersecciones de las piedras, y unos escalones que descendían a una puerta situada bajo el nivel del suelo del jardín. Puerta pequeña, de hierro claveteado. Bill Canary se estremeció. Parecía una antigua cripta feudal, o cosa parecida.

Pero todo eso no les preocupaba ahora. Buscaban algo qué no era un edificio, sino un hombre. Un hombre llamado Rocky Colé, un adolescente de veinte años escasos…

—¡Mirad! —Jadeó Paul—. ¡Allí! Dios mío…

Bill miró en esa dirección. Lanzó una sorda imprecación y echó a correr, enarbolando en una mano el sable y en la otra la linterna eléctrica. Cuando llegó junto al bulto tendido en tierra, sintió náuseas. Y horror.

Era el cuerpo de Colé. Tendido sobre un charco. Sólo que ese charco no era únicamente de agua…, sino de sangre. El joven cantante no había sufrido una muerte agradable.

Yacía boca abajo, la cabeza hundida en el líquido sanguinolento. Sus ropas aparecían desgarradas, su nuca destrozada a zarpazos o dentelladas… Por debajo de su larga melena joven, se veían jirones de piel, de carne, de cartílagos… La espalda también mostraba huellas del terrible ataque sufrido: su camisa desgarrada, hecha jirones ensangrentados, sobre una piel virtualmente cubierta de profundos cortes, de incisiones espantosas.

—Cielos… —susurró Burt Robbins mortalmente pálido, tambaleándose—. Rocky… Le han hecho pedazos…

Bill miró en torno, su sable presto a atacar a algo, a alguien. Pero tuvo que limitarse a dar mandobles al aire, inofensivamente. Salvo él y sus dos amigos, no había nadie más en el sombrío jardín, bajo la lluvia. Nadie, excepto el cadáver de Rocky Cole…

Los ojos de Canary se fijaron en la puerta herméticamente cerrada del garaje, en la de hierro de aquel edificio de piedra, parecido a una cripta funeraria…, y luego en las grandes hojas de madera de la entrada principal. Allí vio a Iván, a Brian Woods, a Melody con Liza y Mara. Todos agolpados, todos pendientes de lo que sucedía.

—¡Bill! —Llamó con voz potente Brian—. ¿Y Rocky? ¿Qué le sucede?

Canary se volvió a su amigo. Sacudid la cabeza, todavía sobrecogido.

—Algo espantoso… Ha sido aún peor que con Jenny… El monstruo se ensañó terriblemente en él. Le ha despedazado el cuello, la espalda…

Brian Woods exhaló un gemido ronco. Y comenzó a reír histéricamente, presa de una súbita crisis nerviosa, que todavía les causó a todos una más tremenda impresión, mientras contemplaban aquel cuerpo sin vida, víctima del más feroz e inhumano de los asesinos.

# CAPÍTULO VI

—¿Va eso mejor, Brian?

Woods afirmó lentamente. Estaba muy pálido, demudado. Profundas ojeras rodeaban sus ojos entristecidos. Tendido en el sofá, acababa de apurar la tila que le sirviera Iván, con un medicamento para los nervios. Aún le temblaban las manos.

—Sí, Bill, gracias —miró a su amigo con tristeza. Intentó sonreír sin mucho éxito—. Estarás diciendo que soy un tipo demasiado blando, ¿no es cierto?

—No, no es cierto, Brian —negó Bill—. Desde que salimos juntos de la furgoneta, han sucedido muchas cosas desagradables. Todo tiene un límite. Los nervios te fallaron, Y es probable que les fallen a muchos más de nosotros.

—A ti, no —rechazó Brian—. Eres fuerte, muchacho. Muy fuerte. Te envidio. Estás llevando lo peor de este asunto… Incluso has soportado la vista de Rocky… Y debía de ser espantoso, ¿no?

—Espantoso —convino Bill Canary sombríamente.

—¿Qué clase de animal puede hacer heridas así?

—No lo sé. A Jenny parece que sólo la atacó con sus zarpas. Esto es diferente. Usó garras y colmillos, estoy seguro.

—La fiera empeora, ¿no? —Gimió Woods—. Se va poniendo más y más furiosa…

—Sí, evidentemente es eso —asintió Bill—. Pero me pregunto lo mismo que tú: la clase de animal asesino que anda suelto. Me resisto a creer en un hombre-lobo, pero…

—¿Qué hay de Alex Korstein?

—Está arriba. Duerme, según dijo su madre. Quisiera estar seguro de eso.

—¿Estaban juntos madre e hijo cuando gritó Colé…?

—No. La señora Korstein había dejado ya a Alex solo,

descansando. Dice que cerró su puerta y se llevó la llave consigo. Parece que es así, pero…, puede haber otras salidas. Ésta es una vieja casa, Brian.

—¿Pasadizos secretos? —dudó Woods, haciendo un gesto de dolor al moverse sobre su pierna izquierda.

—No necesariamente. Pudo salir por una ventana… Si es realmente un licántropo, tendrá una agilidad especial… ¿Has visto la fachada? Tiene salientes, adornos de piedra… No es imposible, ni mucho menos, escalarla para subir o bajar. Menos aún para un hombre-lobo…

—Bill, estoy aterrorizado… —gimió el batería de Los Diablos Plateados, sacudiendo la cabeza y frotándose lentamente la rodilla por encima de la manta que habían echado sobre él—. Acabará matándonos a todos, haciéndonos pedazos. Será una carnicería horrenda… Tú has visto este lugar, esta gente. Es otro mundo, Nos odian. Creen que los chicos somos ahora sucios, crueles, violentos… Estamos entre espectros de otras épocas. Esto huele a polvoriento, a decadente. Un escenario gótico para un grupo pop…, ¿has visto mayor contrasentido, Bill? No me gusta esto. Es como un cepo, como estar en una tumba, en una cripta, rodeado de cadáveres…

—Si sólo fueran cadáveres… —Bill Canary sacudió la cabeza—. Lo malo es que, aquí hay algo vivo y muy vivo, Brian. Algo que destroza, que ataca, que nos devorará vida por vida, implacablemente, si antes no tratamos de evitarlo…

—Evitarlo…, ¿cómo? —se lamentó Brian Woods con gesto ensombrecido.

—Si lo supiera… —Canary paseó exasperadamente por la sala, su mirada baja, sus manos agitándose de modo nervioso—. En ese jardín no había nadie cuando llegamos. Sólo unos momentos antes, un hombre fue destrozado salvajemente. Las posibles huellas, quedaban cubiertas por los charcos de lluvia, por el barro… Era inútil buscar nada. Pero Rocky Cole había muerto. Nunca simpatizamos demasiado él y yo, tú lo sabes. Desde lo de Erika, no era santo de mi devoción. Pero de eso a verle así, hecho una piltrafa de sangre, de carne desgarrada…

—Bill, entiendo lo que sientes —gimió Woods—. La última vez que toqué la batería en Harrogate, no podía imaginar ni de lejos que algo así pudiera sucederme a mí. A veces he leído cómics de

terror o he visto películas en la televisión o en un cine de barrio. Siempre me pareció algo lejano, imposible, que no tenía relación conmigo ni con mi tiempo, que era un modo de darle carne a la fiera, de proporcionar taquillas a base de la morbosidad de la gente… No sé, Bill. La verdad es que algo así…, resulta tan difícil de imaginar que… Oh, Dios, esta rodilla mía. Cada vez me duele más…

—A ver, deja que te vea, Brian —pidió Bill vivamente, inclinándose sobre su pierna—. Debe ser algo de infección, sin duda. Debiste cuidar esa herida…

—Veré a un médico cuando salgamos de esta pesadilla —prometió Woods—. Ahora, deja que repose. No puedes hacer nada por mi rodilla, seguro.

—Lo veremos —había alzado la manta. Luego, tomó la extremidad abierta del *blue jean* manchado de fango de su amigo. Tiró de él, rasgándolo sin miramientos. Estudió la rodilla herida, con súbita consternación—. Cielos, Brian, esto está mal. Muy mal…

—Lo sé —jadeó Woods, contrayendo el gesto dolorosamente—. Parece que sí se infectó, ¿eh, Bill?

Canary no dijo nada, Se limitó a asentir. Quizá la caída en la carretera, cuando «algo» les perseguía, había influido en aquel empeoramiento. La rodilla aparecía hinchada y oscura. Era como si un nuevo hematoma intenso se hubiera unido al anterior, amoratando su superficie y endureciendo ostensiblemente su articulación, ahora rígida y sin juego. Al rozarla suavemente con los dedos Canary, Brian Woods emitió un gemido ronco. El simpático batería del grupo se agitó, convulso, sobre el sofá.

—No, por favor… —suplicó roncamente—. Eso parece que está peor de lo que imaginaba. Maldita noche… Nada nos sale bien, Bill. No quiero ni pensarlo, si tuviera que correr ante un peligro…

—Parece que el último golpe te hizo un corte —señaló Bill su piel inflamada y violácea—. Debiste caer sobre alguna piedra puntiaguda. ¿Cómo no pensamos en desinfectar esto?

—Mientras no me dé la gangrena y pierda mi pierna —resopló con resignación Woods—. Por favor, deja que repose ahora, Bill… Es lo único posible. Creo que tengo calmantes en un bolsillo…

Canary buscó. Encontró un tubo de comprimidos contra el dolor. Le entregó sólo uno.

—Recuerda que tomaste la tila y el sedante —le avisó Bill—. Es mejor no abusar de fármacos… Duerme tranquilo. No nos moveremos de aquí. No voy a dejar salir a nadie, bajo pretexto alguno.

—Mientras el hombre-lobo o lo que sea, ande por ahí suelto…

—Al menos, ninguno de nosotros será su víctima ya —silabeó Bill duramente—. He convencido a Iván y a la baronesa. Tendremos armas de fuego. Rifles. Y un revólver de calibre 45, especial para pruebas de tiro.

—Menos mal —rió suavemente Woods con el escaso humor que aún quedaba en él—. Con un poco de suerte, añadiréis un magnífico trofeo a los del barón Korstein: el de un hombre licántropo de su familia…

Cerró los ojos con una sonrisa, y poco después respiraba profundamente, sumido en un sueño inquieto, del que a veces parecía a punto de salir, con algún espasmo, para continuar su sopor, vencido por el agotamiento y los sedantes.

Bill Canary se volvió hacia los demás, tras un largo silencio. Contempló a Liza y Mara, muy juntas, tendidas sobre unas mantas, en un rincón de la biblioteca. A su lado, rifle en mano, estaba Paul Nelson, en guardia permanente. Burt Robbins montaba su propia vigilancia junto a la puerta de entrada. Y lo hacía de tal modo, que cuando Iván asomó por ella tímidamente, saltó elásticamente, poniendo la punta de un sable sobre su pecho.

El criado ucraniano hizo un gesto de sobresalto y dejó caer las armas que traía consigo. Eran tres rifles de repetición y un revólver, con dos cajas de cartuchos de calibre 40, y otra del 45.

—Oh, me asustó… —musitó, mirando con temor a Robbins.

—Lo siento. —Burt apartó de él su arma blanca—. Ya no nos fiamos de nadie, amigo. ¿Y sus amos?

—Siguen arriba. La baronesa insiste en que el señor Alex no abandonó su dormitorio desde que se encerró en él. Asegura que un poder diabólico ajeno a la familia, se ha posesionado de estas tierras…

—Espero que tenga razón —resopló Bill—. Así no tendremos que coser a balazos a su propio hijo. Sólo quedamos siete personas con vida. Pero aún somos suficientes para acabar con un hombre-lobo, por fuerte que sea.

—No estén tan seguros de eso —musitó Iván con gesto amedrentado—. Se dice en mi tierra que los vampiros y hombres-lobo son seres ya sin vida, que vuelven de la tumba… Sólo una estaca de madera en el corazón de un vampiro, seguido por la decapitación, y una bala de plata en el corazón de un licántropo humano, termina con la maldición…

—¡La maldición! —Se irritó Paul Nelson, escéptico, pegando un respingo—. ¿Quién cree ahora en maldiciones, amigo? ¿Qué clase de maldición fue ésa? Supongo que alguien sería quien se la formulase a los Korstein…

—Sí, eso es cierto… —murmuró con amargura Iván—. Hubo quien, hace muchos años, muchísimos años, lanzó su maldición contra los Korstein…

—¿Quién, Iván? —quiso saber Canary, curioso, arrugando el ceño.

El fiel sirviente ucraniano proseguía su explicación, sin escuchar siquiera preguntas de sus oyentes, como hilvanando una vieja historia grabada profundamente en su memoria:

—… No importó que los miembros de la baronía trataran de enmendar su mal de otro tiempo. La maldición siguió vigente, pese a todo. Ellos profanaron la tumba de un Klein…, y otro Klein les maldijo entonces, en venganza de la profanación sacrílega del sepulcro familiar… Las rencillas familiares nunca debieron llegar a las tumbas de los difuntos. Pero ése fue el gran error del viejo barón Hans Korstein, bisabuelo del señor Helmut… En su ira por un choque perdido frente a los jóvenes Klein, allá en su nativa tierra austríaca, ultrajó la tumba de la joven y hermosa Kirsten Klein… Su cadáver fue arrastrado por sus caballos y arrojado luego a un barranco. El viejo Franz Klein era nigromante y practicaba extrañas ciencias ocultas. Se decía que había vendido su alma al diablo y que hacía hablar a los muertos… El maldijo a los Korstein de por vida. Dijo que a partir del hijo de Hans, todos serían licántropos y devorarían a sus víctimas, como fieras de la peor especie… Luego, el propio Franz Klein se inmoló ante un altar satánico, y rubricó con su sangre la maldición…

—Cielos, es lo más delirante y grotesco que oí jamás —farfulló Burt Robbins, atónito.

—¡Calla! —le ordenó roncamente Bill. Apremió a Iván—: Sigue

la historia. ¿Qué más ocurrió después?

—Fue inútil que la señora Korstein diera cristiana sepultura nuevamente a la hermosa Kirsten Klein. La maldición ya era un hecho incontrovertible. Y seguiría siéndolo, por los siglos de los siglos… El cuerpo de Kirsten Klein pasó a reposar en tierras de los Korstein, como una expiación a su acción con ella, pero eso ya no cambió las cosas. Ni siquiera parecen haber cambiado cuando al señor Helmut se le ocurrió traer consigo a Europa ese cadáver, alejándolo de los destrozos de la guerra, justo cuando los bombardeos terminarían destruyendo las posesiones de los Korstein en la frontera austro-húngara, al paso de los ejércitos hitlerianos.

—¿Quieres decir… que Kirsten Klein…, reposa en tierra inglesa actualmente? —Era Robbins quien hacía la pregunta.

—Exactamente, señor. En tierras de los Korstein, como prometió la viuda de Hans, en desagravio a la difunda y a la ira del viejo Franz, el poseso. Pero nada ha cambiado con ello. Nada parece diferente. La maldición continúa pesando sobre la familia y sobre cuantos con ella se relacionan. Ustedes han tenido ocasión de comprobarlo así esta noche…

—Un momento, Iván —interrumpió Bill Canary con gesto profundamente pensativo—. ¿Quieres decir que esa mujer, muerta hace cien años, Kirsten Klein, motivo y origen de la famosa maldición…, está aquí, en Korstein Manor?

Iván le contempló tristemente. Luego, asintió despacio con su cabeza.

—Sí, señor —murmuró—. Así es…

Bill Canary replicó pronto:

—¡La cripta del jardín! Esa especie de bunker de vieja piedra ruinosa…

—Sí —corroboró Iván—. Era una cripta de los viejos moradores de esta propiedad. El señor Helmut la vació de los restos de esa familia inglesa, al adquirir la finca, enviando sus cuerpos, que ya no eran tales, sino polvo y huesos, a un cementerio próximo. Ahí, precisamente reposa ahora, señor, el propio Helmut Korstein, esposo de la baronesa…, y también la momia incorrupta de Kirsten Klein…

* * *

—Eso me parece una solemne locura, Bill —se quejó Paul Nelson.

—No me importa lo que pienses —replicó Canary tras comprobar que la pila de la linterna de Robbins estaba más cargada que la suya propia. Luego, confirmó que el rifle de que se hiciera cargo, estaba perfectamente engrasado y cargado. Lo cerró con un golpe seco de cerrojo. Melody alzó la cabeza, contemplándole preocupada—. He decidido hacerlo…, y lo haré, aunque no te guste.

—No es eso, Bill —suspiró el joven organista de Los Diablos Plateados—. Es, sencillamente, que no me gusta turbar el reposo de los muertos…

—El reposo de los muertos… —susurró Bill Canary entre dientes, reflexivo—. Me pregunto esta noche, por primera vez, si realmente los muertos reposan o no…

Melody dejó a las compañeras suyas del grupo, para acercarse, preocupada, a Canary. Le contempló, pensativa.

—¿De verdad crees que puedes combatir contra las fuerzas ocultas? —Fueron sus palabras—. Eso es peligroso, Bill. Ignoramos muchas cosas de cuanto exista más allá de este mundo… Quizá…, quizá sea un error pretender ir más lejos. Deja eso. No es asunto nuestro. Cuando nos sea posible, hablaremos con la policía. Ellos investigarán, ellos resolverán…

—Si realmente la explicación de estos horrores está entre los muertos, Melody, difícilmente aclarará la policía cosa alguna jamás —se quejó Bill—. Sin embargo, nosotros estamos viviendo cuanto aquí sucede, hemos visto morir horriblemente destrozados a dos de nuestros compañeros… Creo que tenemos una obligación moral de llegar lo más lejos posible, de saber qué está sucediendo realmente aquí…, y por qué.

—Aunque lo descubrieses…, ¿resolveríamos algo? —Melody puso su mano sobre el brazo de su joven amigo—. Por favor, Bill, no vayas. No te arriesgues más de lo que ya lo hiciste en otras ocasiones… Bill, no sabes lo que puede aguardarte en esa cripta… Y tengo malos presentimientos. Tengo la horrible impresión de que va a haber más sangre aún, de que no hemos visto culminar ese horror que rige los destinos de esta mansión y sus ocupantes…

—Melody, deja que lo intente, cuando menos. Voy armado. Estaré prevenido, no lo dudes.

—¡Armado…! —repitió ella sordamente—. ¿Servirán de algo esa clase de armas contra los muertos, contra una maldición de ultratumba, Bill?

—No sé —sonrió Canary irónicamente. Tocó su pecho, bajo la camisa, mostrando su pesada cruz de metal, colgando de una cadena—. Llevo otras armas, por si las historias de vampiros y hombres-lobo son ciertas. De todos modos, una bala en la cabeza de un licántropo, por fuerte que sea, no creo que le deje indiferente, Melody.

—Habría de ser una bala de plata, recuérdalo… —suspiró Melody entre dientes.

»How many times can a man turn his head
and pretend that he just
doesn't
see?
The answer, my friend, is *blowing* in the wind.
The answer is *blowing* in the wind…».

*(«¿Cuántas veces puede volver un hombre la cabeza*
*simulando que no ha visto nada?*
*La respuesta, amigo, te la dictará el viento.*
*La respuesta está en el viento…».*

*(Canción de Bob Dylan).*

Bob Dylan. Bill Canary giró la cabeza. Escuchó la grabación, baja y suave de tono. Era Liza Lang, reproduciendo una cassette de Jenny Lennox. Una cassette que antes fuera de Erika Klein, su desgraciada compañera. Evidentemente, para romper la tensión ambiental, y acaso para combatir su propio terror, las muchachas recurrían a la música, a una vieja canción del gran Dylan… Blowing in the wind… Bill respiró hondo. Casi había llegado a olvidar la música. Y su propio mundo, joven y alegre. Se sentía inmerso, dominado por el ambiente, vencido por el polvo, las telarañas, el pasado, la muerte…

—Será mejor que escuchéis música —murmuró roncamente—. No ganamos nada con recordar y llorar, con tener miedo y callar…

—Si encontrara la otra grabación… —se quejaba Liza Lang—. La

que hizo Erika por una sola cara, con canciones de Woodstock y Altamont… (*Woodstock y Altamont: grandes festivales pop de 1969, en Estados Unidos*). Es la que más me gusta… Y no logro dar con ella…

—Se debió extraviar cuando… cuando hallamos el cadáver de Jenny —musitó Melody, sacudiendo su pelirroja cabecita—. Sólo Dios sabe la confusión que se produjo en esos momentos… No importa mucho, Liza. Ya la encontraremos…

Bill Canary se desentendió de los problemas musicales de sus compañeras. Había asuntos más serios en qué pensar. Tenía todo a punto para visitar la cripta funeraria de los Korstein. Donde reposaban Helmut…, y Kirsten Klein, la mujer de la tumba profanada casi cien años atrás, en Centroeuropa…

—Un momento —dijo—. Voy a buscar algo más…, antes de partir hacia allá.

Se encaminó a la sala de trofeos. Allí estaba el mueble-bar. Lo abrió. Sabía que necesitaba beber algo antes de iniciar la aventura. No le gustaba habitualmente el alcohol. Pero ésta era una ocasión especial. Muy especial.

Abrió una botella de scotch. Se echó una generosa ración en un vaso y la apuró de un trago, con su mirada vagando por encima de muebles, objetos… Las cabezas de animales, la heráldica de los Korstein…, con su alusión a la vieja maldición de los Klein… El cuerpo tapado de Jenny Lennox, rígido ya… El taburete volcado, los demás muebles cercanos…

El taburete.

Los ojos de Bill centellearon. No se había dado cuenta antes, quizá porque sólo había allí la luz de los leños, y ésta ahora, al ser ya insuficiente y dejar con sus pavesas la estancia, en sombras, le había obligado a encender la lámpara eléctrica.

Fue la luz de ésta la que reveló astillas y manchas oscuras en un ángulo de madera del taburete. Se inclinó. Evidentemente, ese taburete había hecho algo más que caer, cerca de Jenny, pero donde no había salpicaduras de sangre. Había golpeado a alguien, astillándose un poco la dorada madera, y dejando una mancha pequeña y oscura, como de óxido.

Contempló el cuerpo de Jenny. ¿Sería posible que hubiera logrado herir, aunque fuese sólo levemente al monstruo de Korstein Manor, en la lucha por su vida? ¿Estaría herido el hombre-lobo?

Eso quizá le permitiera seguir algún posible rastro de sangre, si la herida goteó al producirse. La banqueta era pesada. Debía golpear fuerte, y más en unas manos recias, como las de la voluminosa Jenny…

Suspiró, cerrando el mueble-bar. Era demasiado esperar. Ni siquiera podía estar seguro de que el hombre-lobo se ocultara en la cripta, pero una idea fija le obsesionaba últimamente, desde que supo la fúnebre utilidad de aquella especie de bunker de piedra, en el jardín de los Korstein.

Regresó al salón-biblioteca. Iván ya estaba allí, con una lámpara de petróleo encendida, una pesada llave herrumbrosa y… un crucifijo colgando de su pecho. Era una cruz ortodoxa rusa, muy grande. Parecía una protección contra el Diablo y sus fuerzas maléficas. En otra ocasión, se hubiera reído de eso. No lo hizo. Nadie se rió de Iván y de sus supersticiones ahora.

Miró en derredor. Bob Dylan seguía sonando en el magnetófono. Pero nadie lo escuchaba. Las muchachas estaban inquietas, agrupadas, susurrando cosas que no podía oír. Paul Nelson paseaba por la sala, rifle en mano. Había cambiado su inocente escopeta de aire comprimido por aquel potente rifle de repetición, capaz de tumbar a un jabalí a prudencial distancia. Se preguntó si, llegado el caso, alguno de ellos sabría utilizar un arma de esa magnitud. Y más, ante un posible hombre-lobo…

Burt Robbins fumaba en silencio, reclinado sobre una estantería, como si los títulos de los volúmenes allí alineados fuera lo más importante del mundo para él en esos momentos. Se sorprendió Bill al ver a Brian Woods cojeando, pero en pie y tomando el revólver de encima de una mesa, decididamente. Estaba pálido, y su gesto era enérgico.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó al batería.

Éste le contempló irónicamente. Agitó su mano armada.

—Vamos a seguir esto hasta el fin, Bill. No irás solo a esa cripta.

—No, Bill, tú debes quedarte. No estás en condiciones de…

—¿Y dejar solo a Burt o a Paul, defendiendo a las chicas, si llega el caso? —Sacudió la cabeza negativamente—. No, Bill. Andando, me siento mejor, pese a todo. Podré soportarlo bien…, y no me dormiré. Aquí, amodorrado, no sería de ninguna ayuda para nadie. Contigo e Iván, formaremos un grupo capaz de defenderse de

cualquier peligro. Tienes que dejarme ir, Bill. Sabes que no me gusta nunca estarme quieto.

—Pero tu rodilla… —suspiró Canary. Vio la decisión en el rostro de su amigo, y exhaló unas palabras bruscas—: Está bien, vamos allá. Sé que no lograría convencerte.

—Gracias, Bill.

—Pero esta vez quizá nos toque correr más de prisa, si algo sucede en la cripta. Recuerda que buscamos la madriguera de un monstruo. Y que ese monstruo puede ocultarse en la cripta, si mi sospecha resulta cierta…

—No importa —resopló Woods, echando a andar obstinadamente, pese al dolor de su pierna herida—. En marcha. Creo que si me veo ante esa fiera, o le vaciaré este arma en la cabeza…, o correré como si no tuviera absolutamente nada.

Iván les precedió camino de la puerta. Parecía preocupado.

—No sé si esto le gustará a la baronesa —murmuró—. Es posible que me culpe por tomar decisiones sin consultarle, pero usted ha insistido tanto, señor, que…

—Sí, Iván. Yo asumiré la responsabilidad de todo —afirmó Bill —. Le diré que te obligamos a ello, no temas.

—Espero que ella lo acepte así y no me arroje de esta casa para siempre —se lamentó el ucraniano—. Esa cripta nunca ha sido profanada…

—Ni lo será ahora, Iván. Es sólo una visita de exploración. Si nadie estuvo nunca ahí, excepto los cuerpos en sus lugares de reposo, nos marcharemos inmediatamente.

—No puede ser de otro modo, señor. La puerta está siempre cerrada. Nadie puede abrirla desde fuera, compréndalo…

—Exacto —los ojos de Canary brillaron—. Desde fuera. Pero ¿y desde dentro?

Iván le contempló con temor supersticioso al protestar:

—¡Señor…! Dentro de ese recinto, sólo hay dos cadáveres… Uno momificado, con más de setenta años transcurridos desde su muerte… Y el otro, el del barón Helmut Korstein… Los muertos no pueden levantarse de sus tumbas y abrir esa puerta, señor…

—Eso, justamente, es lo que quiero comprobar de una vez por todas, amigo Iván —fue la desconcertante respuesta del joven Canary.

# CAPÍTULO VII

El chirrido de la llave en la puerta, haciendo girar pausadamente el enmohecido pestillo, hizo estremecer a Brian Woods. El audaz batería se pegó a la pared de piedras, mientras las gotas de agua de los árboles golpeaban su rostro rítmicamente.

—Parece que lleve siglos sin abrirse… —comentó en voz baja, mirando a Bill.

Éste afirmó, encogiéndose luego de hombros. La luz de su linterna permanecía aún apagada. Sólo se guiaban por el farol de petróleo de Iván. Alrededor suyo, el jardín era una masa de sombras donde el único ruido perceptible, antes del chirrido de la puerta de la cripta, eran las botas de lluvia sobre el encharcado terreno.

—No podemos fiarnos —susurró—. Una puerta puede abrirse con frecuencia, aunque no se engrasen sus cerraduras.

La mano de Iván temblaba. El criado estaba realmente amedrentado con aquella expedición nocturna a los dominios de la muerte. Tras ellas, la casona era una enorme mole oscura y amenazadora, como un monstruo al acecho en la noche.

Bill empujó la hoja de hierro. Ésta se movió sobre sus goznes con agrios gemidos de metal mohoso. Del interior les llegó una fétida vaharada a lugar abandonado y húmedo. La oscuridad era total en la cripta.

—Luz, Iván —pidió Bill—. Vamos a entrar. Tú quédate en la puerta, si tienes miedo. Pero no te alejes. Estaremos más seguros unidos que dispersos. ¿Puedes bajar los peldaños, Bill? Parece que hay dos o tres más, a partir de esa entrada…

—No te preocupes por mí —rezongó Woods, animoso—. Puedo valerme bien por mí mismo…

Avanzaron. Eran tres escalones más, todos descendentes. Pisaron el suelo de piedra de la cripta. La luz del fanal de Iván les llegaba

ahora indecisa y triste. Bill pulsó el botón de su propia linterna, la que le cediera Burt Robbins. Iluminó el lugar.

—Cielos… —oyó jadear a Brian—. No me gusta esto…

—A mí tampoco —confesó Bill, moviéndose por el recinto funerario—. Si no hallamos nada anormal, saldremos en seguida… Es sólo un momento, Brian. Quiero comprobar algo que se me ocurrió esta noche, tras la muerte de Rocky…

Brian asintió, sin objetar nada. Caminaba, cojeando fuertemente, y sus pisadas desiguales rebotaban en ecos sordos bajo la bóveda sepulcral. A su lado, Canary estudiaba los muros de piedra. Observó en un lado un enorme arcón tallado en piedra, sobre una repisa de mármol blanco. Sobre el arcón se había grabado:

KIRSTEN KLEIN

*Fallecida en 1878, En Austria.*
*Descanse en paz y sirva esta*
*tumba de expiación de pecados*
*de los Korstein.*

Al lado opuesto, otro sepulcro de piedra, tenía simplemente grabado:

*Barón* HELMUT KORSTEIN

*1957*

*Dios libere su alma.*

Había polvo, telarañas por doquier. El aire olía fétidamente, sobre un pequeño altar, unas flores se habían marchitado, en polvo negruzco y pestilente. La humedad era fuerte allí dentro. Bill proyectó el chorro de luz sobre el suelo. Lanzó una sorda imprecación.

—¡Mira eso, Brian!

Woods bajó la cabeza. Clavó los ojos en el suelo y soltó un juramento poco acorde con el lugar en que se hallaban. Su palidez era ahora ostensible.

—Huellas… —jadeó el batería de Los Diablos Plateados—. ¡Huellas «de animal…»!

Bill asintió, ceñudo. Su luz formaba un disco de claridad siguiendo sobre las losas polvorientas unas pisadas inconfundibles. ¡Las de unas patas de animal, posiblemente un enorme perro… o «un lobo»!

—Dentro de la cripta…, un animal —susurró Bill, excitado—. Y no hace mucho de eso… No se ha posado polvo otra vez. Son huellas húmedas, enfangaron el resto del polvo en derredor…

La luz siguió el curso de esas pisadas misteriosas, mientras Woods preguntaba en voz baja:

—Pero ¿cómo entró… y hacia dónde se dirigió?

—Eso es lo que pretendo saber ahora, Brian —respondió su amigo.

La luz siguió las pisadas… hasta un peldaño de piedra. Siguió subiendo la linterna. Tropezó con el sepulcro de Kirsten Klein. Allí morían las pisadas. Justo al pie del arcón tallado en piedra… Como si se hubiera diluido el animal en el aire. O como si hubiera «entrado» en el sepulcro de la dama austríaca…

Bill se aproximó resueltamente a la tumba de Kirsten Klein. Contempló la piedra, sin entender muy bien lo que sucedía. El sepulcro se mostraba intacto, sólido… Sobre su parte superior resaltaba una cruz en piedra gris. Se apoyó en ella, trató de tirar, de presionar, de abrir de algún modo el sepulcro…

Éste continuó inviolado, pero sí se captó un chirrido profundo, escalofriante, dentro de la cripta. Brian Woods, soltó una interjección. Afuera, Iván hacía castañetear sus dientes, y la luz de petróleo bailoteaba en su mano.

Bill Canary, asombrado, contempló cómo giraba silenciosamente el sepulcro sobre sí mismo, al parecer sobre un eje bien engrasado…, ¡y dejaba una abertura oscura, visible tras su mole!

—La cruz gris… —jadeó Bill—. ¡Es un resorte! Mira, Brian… Un paso secreto… Vamos.

—Cielos, no esperaba algo así… —Pese a su probado valor, Woods se estremeció, vacilante. Su mano apretaba con fuerza el revólver—. ¿Crees que debemos…?

—Ya no podemos volvernos atrás —replicó Bill—. Hemos dado con lo que buscaba. Pero tú no debes venir. Deja que explore yo solo este lugar… Quédate con Iván.

—¡Ni lo sueñes! —Se rehízo Brian finalmente—. Vamos allá,

amigo. No me echaría ahora atrás, por nada del mundo…

La abertura tenía suficiente espacio para, un hombre agazapado. Dentro, las tinieblas cedieron, al proyectar Bill su luz al interior. Era un angosto corredor de piedra. Bill dio aviso a Iván de que no se moviera de allí. Si veía cerrarse de nuevo la tumba, tenía que mover otra vez la cruz de piedra gris. Confió en que lo hiciera… y avanzó.

Brian caminó tras de él, resueltamente. El pasadizo era estrecho e incómodo. Olía fuertemente a humedad. Y a algo más, hediondo e indefinible…

—Mira… —susurró Brian—. ¡El pasadizo tiene ahí escaleras que suben a alguna parte! Sigamos. Creo que lo hemos encontrado al fin… y es lo que yo imaginé…

Siguieron adelante. Se ensanchaba el corredor de piedra. La escalera condujo a otro más amplio y en rampa ascendente. Luego, una angosta escalera de caracol se mostró ante ellos, en una especie de rellano o plataforma más amplia.

—Creo que eso nos conducirá directamente al interior de la casa. A cierto punto de esa casa, Brian —jadeó Bill—. En marcha. Estamos llegando al final del enigma.

Avanzaron resueltamente hacia la escalera de caracol. De súbito, sucedió aquello.

Una puerta metálica chirrió a su derecha. El extraño olor de antes se hizo más intenso. Rápido, Bill dirigió hacia allá su luz y su rifle. Brian juró entre dientes, trastabillando con su pierna dañada.

¡Una enorme sombra saltó sobre ellos, al tiempo que un rugido bestial helaba la sangre en sus venas! Ojos fosforescentes, fauces abiertas y babeantes, zarpas feroces, se proyectaron hacia ellos, en la sombra…

Y como si de la boca animal, hedionda, pudiera surgir una voz humana, ésta jadeó siniestramente en la sombra:

—Sangre… Sangre humana… ¡«Sangre…»!

Bill Canary tuvo el tiempo justo de disparar.

* * *

El potente rifle rugió, con una violenta llamarada. Al mismo tiempo, ladró dos veces el revólver de Brian Woods. Un aullido agudo, salvaje, retumbó en el lugar siniestramente…

Bill se sintió arrojado, golpeado contra el muro, y la sombra

negra y peluda saltó por encima de él, sin tocarle.

Brian Woods no tuvo tanta suerte. Oyó su alarido de horror, mientras gruñía ferozmente el animal monstruoso. Bill, tambaleante, aturdido, se rehízo, buscando la linterna en el suelo. Su claridad sólo permitía descubrir una pugna feroz de cuerpos, el choque de la figura humana de Brian con aquel monstruo surgido de las tinieblas…

Bill no sabía si podía hacer blanco en la bestia o en Brian, de ahí sus dudas en el disparo. Luego, hubo otra detonación seca, de revólver. El aullido de la bestia se hizo prolongado, lastimero, y se apartó de Brian Woods, entre estertores. Los ojos animales brillaron como carbones encendidos, ante la mirada angustiada de Bill. Por un momento, le pareció que el monstruo dejaba a Brian para saltar sobre él…

—¡Sangre! —Sonó la voz humana—. ¡Sangre…!

Bill Canary estaba seguro ahora de algo. La voz no procedía de las fauces del animal, sino de la zona de sombras, a su espalda. Inseguro, pero decidido a todo, giró rápidamente la linterna en esa dirección.

La claridad de la misma enmarcó súbita y brutalmente a la figura erguida allí, con rostro demoníaco, descompuesto, con mano trémula, señalando hacia ellos, como ordenando al salvaje animal que matara, que triturara… Unos ojos dilatados, enloquecidos, una boca babeante, como la del perro…

—Cielos… —jadeó Bill—. ¡Usted…, «baronesa»!

Luego, el animal emitió un aullido largo y horrible. Saltó hacia adelante con sus últimas fuerzas, bañado en sangre, con varios boquetes de bala en su negro y peludo cuerpo… No atacó a Bill tampoco esta vez. Su brinco fue hacia su dueña, la baronesa Sybil Korstein…

—¡No, «Lobo», no! —chilló ella, aterrorizada—. ¡Yo, no! ¡Mi sangre no, la de ellos…! ¡«Lobo», «Lobooooo»…!

El chasquido de huesos, el desgarrar de la carne, vieja y huesuda, resultaba un sonido demasiado espantoso, incluso procediendo de ella, la mujer que guiaba al animal a la muerte, a la destrucción…

Bill no trató de detener la tragedia. Sabía que el animal agonizaba. Y en su furiosa agonía, sintiéndose defraudado, culpaba

de todo a su propia dueña…, y se revolvía contra ella, en postrer ataque de muerte…

La sangre del animal y de la mujer se mezclaban ya en el suelo de piedra, como en una espantosa ceremonia fúnebre que diese culminación a una maldición de lustros.

Canary se acercó a Brian, sin ocuparse ya de nadie más. Inclinóse sobre él.

El joven batería yacía en tierra, agitándose, bañado en sangre. Zarpazos y mordiscos terribles habían desgarrado su brazo izquierdo, su pecho, e incluso parte de su rostro. Sangraba mucho, pero, aun así, observó que las heridas no eran fatales, al menos si se la atendía a tiempo.

—Bill, ese maldito animal… —murmuró Brian, debatiéndose en su dolor—. Es… es un lobo, ¿no es cierto?

—No, no es cierto —negó Bill, sombrío—. Es sólo un perro. Un mastín enorme, gigantesco. Tal vez sea un «Doberman» entrenado para matar… Mucho más fuerte y grande que un lobo… Ése era el monstruo que veía la gente en la noche. Un perro al que su dueña dio por muerto, que ocultaba aquí… a la espera de proporcionarle su presa favorita; ¡seres humanos, Brian…!

* * *

La entrada fue patética.

El asombro inmovilizó a todos cuando, en vez de regresar del jardín, Bill Canary apareció por la escalera, descendiendo de la planta alta, con Brian Woods en sus brazos, empapado en sangre, quejándose lastimosamente.

—¡Bill! —gritó Melody, palideciendo—. Cielos, ¿qué es lo que sucede? ¿Ahora Brian…?

—No temas —suspiró Bill—. Brian vive aún. Y vivirá, si le atendemos debidamente, a la espera del nuevo día, para ponerle en manos de un médico. Tuvo suerte. Mucha suerte. Él y yo herimos al animal mortalmente. Y Brian pudo darle el último balazo a quemarropa, cuando era presa de él, y disparar sobre el perro hubiera significado matarle también a él…

—Tendedlo aquí. —Paul Nelson corrió, junto con Burt Robbins, para ayudar a Brian en la tarea—. Haremos cuanto sea humanamente posible…

—No —rechazó Bill—. Vamos a tenderle en un lecho. Ya no tiene objeto permanecer juntos en una sala. El monstruo ha desaparecido. Y su dueño también.

Miró arriba. Erguido, tras la barandilla de la escalera, contemplando sombríamente la escena, lívido y tembloroso, se hallaba el severo, altivo barón de Korstein, el joven y pálido Alex.

Ambos hombres se midieron con ojos excitados. Alex Korstein bajó la cabeza por fin.

—¿Todo… ha terminado? —susurró.

—Sí —afirmó Bill—. Todo ha terminado. «Lobo» ajustó cuentas…

—«Lobo»… —suspiró el joven barón—. Nunca debió enseñarle a eso… Mi pobre madre… Creo que empezó a enloquecer al morir papá… Ella se dejó obsesionar por esa leyenda absurda, la maldición y todo eso… Creía ver en «Lobo» la encarnación de un Korstein, acaso del viejo Hans… No sé. Lo cierto es que apartó a «Lobo» de todos cuantos le conocían. Dijo que había muerto. Esta vieja casa y sus pasadizos la ayudaron a ocultar al animal…, pero nunca había llegado a tanto, salvo cuando un cazador furtivo mató a un hombre en las tierras vecinas… Era el olor a sangre humana, ¿comprenden? Sólo el olor a sangre… convertía a «Lobo» en un ser diferente. El perro, dócil y amable, había sido instruido por mi madre para atacar… si previamente olía la sangre humana…

—Pero… ¿por qué? —Preguntó Bill roncamente, mientras se encaminaba, seguido de todos sus jóvenes amigos, a un dormitorio donde tender a su compañero herido—. ¿Por qué todo eso?

—Tuvo un origen siniestro, que mi madre nunca reveló a las autoridades… —suspiró Alex Korstein tristemente—. Ya sabe lo que son las familias como la mía. Vejez de siglos, desprecio al ser humano y todo eso… Un día…, un día, dos hombres, dos bribones, asaltaron la casa. Mi madre estaba sola con «Lobo». Los dos malhechores amenazaron a ella y al animal con sus armas. Mi madre intentó resistir y la golpearon. Ella se hizo fuerte. Tiró un pesado objeto al bandido. Tan certeramente, que le aplastó el cráneo en el acto, y cayó, bañado en sangre… «Lobo» husmeó esa sangre humana, indeciso, gruñendo, bajo la amenaza del arma del otro asustado salteador. Y de pronto, ese algo cruel e insano que mi madre tenía dentro de sí, la llevó a dar una orden a «Lobo»: algo así

como «¡Mata, “Lobo”, mata! ¡Es sangre humana! ¡Derrama más sangre, “Lobo”!…». Creo que el pobre infeliz se quedó demasiado sorprendido y aterrorizado para reaccionar debidamente. «Lobo» cumplió la orden dada. Cuando yo llegué…, el espectáculo distaba mucho de ser agradable, amigo mío… Sangre, destrozo por doquier… Fue el principio de una carrera de terror en esta región. La leyenda de un perro resucitado, e incluso de un licántropo, cobró fuerza… Obligué a mamá a ocultar al animal, a no enseñarle más tan horrible costumbre… Casi lo había logrado. Casi. De repente, esta noche, cuando vi muerta a esa chica, comprendí que mamá volviera a las andadas. Debió trastornarla el temporal, la presencia de todos ustedes aquí…

—Ella nos invitó a venir —dijo sombríamente Bill.

—Tal vez su idea era buena en principio… y luego la dominó la tentación morbosa de derramar sangre otra vez, de dar satisfacción a «Lobo»… —Respiró hondo, y hundió la cabeza sobre el pecho—. Ya hemos visto a lo que condujo todo eso. Sólo espero que ese hombre sane ahora… Por cierto, ¿dónde están… mi madre y… «Lobo»?

—Junto a la escalera de caracol —suspiró Bill—. No pude evitarlo. El animal estaba herido, era como una fuerza incontenible…

—Puedo imaginarlo fácilmente. —Alex contempló a los jóvenes músicos con expresión triste—. Perdonen por todo. Me porté muy duramente con ustedes. Creo que son mejores que muchas de las personas de nuestros antepasados. El mal está aquí, en lo oscuro, en lo amargo y lo enfermizo. En lo decadente, muchachos…

—No creo que sean tan simples las cosas, barón —rechazó Bill gravemente—. El bien y el mal están en todas partes. En todos los tiempos y edades. No depende de costumbres, sino del instinto, de pasiones, de una mente enferma a veces… No se reproche nada, barón. Usted ya ha sufrido bastante…

Alex Korstein salió, como un sonámbulo. Bill Canary se volvió a sus compañeros, cuando ya Brian Woods aparecía tendido en el lecho, y se procedía a lavar y vendar sus heridas, derramando sobre éstas desinfectantes y cauterizantes.

Poco después, Iván les traía más medicamentos, vendajes y apósitos, así como unos inyectables que Bill aplicó a su amigo, para

evitar cualquier infección y para fortalecer un poco el maltrecho cuerpo.

Se miraron todos en silencio, una vez concluida la tarea más apremiante. Un reloj, en la, casa, dio cinco campanadas.

—Ya falta poco —dijo Canary—. En menos de dos horas habrá luz, y podremos intentar algo, lo que sea, con tal de alcanzar un teléfono y pedir ayuda médica y de todo tipo. La policía se ocupará de enviarnos ahora ambulancia, médicos y hasta un vehículo para sacarnos de aquí. Por lo menos, la pesadilla ha terminado.

—¿Qué te hizo suponer que la cripta era el paso para el horrible animal de la baronesa, Bill? —indagó Melody curiosamente.

—Tenía que existir un escondrijo, un camino hacia el jardín, que nosotros no controlábamos. La idea de una vieja cripta, en comunicación con la casa, me vino a la mente. Una cripta acostumbra a ser siempre un escondrijo seguro, porque la gente rehúye enfrentarse con la muerte, y más si hay una maldición por medio.

—¿No creías en la historia de un hombre-lobo?

—No, Melody. No podía creer en cosas sobrenaturales. Prefería admitir la existencia de algo natural, tangible. Sabía que había aullidos, que existía un animal. Todo era cosa de encontrarlo.

—¿Por qué se sorprendió tanto, entonces, la baronesa Korstein, cuando apareció el cadáver de Jenny? Ella sabía cómo era su horrible perro…

—Tal vez no esperaba un ataque dentro de esta casa, o pensó que «Lobo» ya no atacaría a más seres humanos… La verdad es que esa reacción suya fue lo único que no entendí bien, al imaginar que ella era la dueña del monstruo oculto. Habló de sangre repetidas veces, y dijo algo así como que «era lo peor que podía suceder, y que ya nadie podría impedirlo», ¿recuerdas? Imagino que consideraba el derramamiento de sangre por parte de su perro, como una forma de cumplirse la maldición de los Klein sobre su familia…

—Sea como fuere, todo eso terminó —dijo Melody, con un estremecimiento. Contempló a Brian largamente—. Pobre muchacho. Pudo ser la cuarta víctima de ese monstruo…

—Sí. Por fortuna, sólo ha habido tres: Jenny, Rocky… y la baronesa. Ella ya pagó su demencia asesina. Ahora, confiemos en

que todo termine bien para nosotros. Creo que lo mejor será descansar hasta que amanezca, y entonces me aproximaré a algún sitio desde el cual telefonear a la policía.

—Preferiría cuidar de Brian durante estas dos horas —respondió Melody—. No tengo sueño alguno, puedes creerlo. Ya habrá tiempo de descansar mañana, cuando todo esto haya pasado definitivamente…

—Como quieras —suspiró Canary—. Puedes quedarte con él. Luego volveré a acompañarte. Si necesitas algo, llama en seguida. Creo que los demás se han ido apresuradamente a dormir, cuando menos durante este espacio de tiempo…

Bajó a la planta inferior. Relajados los nervios, rota la tensión, el grupo se había dispersado, de regreso a sus dormitorios, para esperar la marcha anhelada de aquella siniestra mansión. Sólo encontró a Liza Lang, recogiendo el magnetófono y las cassettes, y a Paul Nelson, que ya había recuperado su rifle de aire comprimido, dejando las armas contundentes sobre los muebles.

—Creo que dormiré un par de horas —bostezó Paul—. Estoy destrozado, Bill. ¿Tú no te acuestas un poco?

—No tengo sueño —rechazó Canary, sonriendo. Miró a Liza—. ¿Te ayudo, preciosa?

—No hace falta, Bill, muchas gracias —rechazó la muchacha suavemente—. Ya recogí todo. No sé si dormiré, pero al menos voy a estirar el cuerpo en una cama, dejándolo en relajamiento total. Esta noche ha sido como una pesadilla…

—La peor de mi vida —admitió Bill, pensativo—. ¿Encontraste ya la grabación extraviada?

—Oh, no. No hay modo posible. Lástima de música de Woodstock que quería escuchar… A Erika le encantaba esa grabación. Y a Jenny también. Aunque lo cierto es que sólo estaba grabada la música por un lado… Melody dice que una vez oyó grabar a Erika de viva voz, pero hablando… Recitando versos, sin duda. Bueno, Bill, buenas noches. ¿O debo decirte buenos días?

—Lo que quieras —rió él jovialmente, agitado su brazo en despedida.

Liza se marchó, dejándole solo. Bill recogió las cosas, depositó armas y cartuchos en un rincón, y luego se encaminó de nuevo al salón de trofeos, para tomar otro trago de scotch. Lo estaba

necesitando. Tanto o más que antes.

Se acercó al mueble-bar y se sirvió otra generosa ración. Contempló los trofeos, el escudo, el bulto de Jenny, esperando el traslado al depósito de cadáveres, cuando llegase la policía allí…

—Pobre Jenny… —murmuró—. No ha sido un final digno de ti…

Se acomodó en un arcón de vieja madera dorada, frente por frente al lugar de la primera muerte violenta de aquella horrible noche. Bebió con calma, examinando las cosas de un modo casi mecánico.

Las cabezas de animales, cazados por Helmut Korstein, el esposo de una mujer desquiciada, aparentemente amable y afectuosa con todos…, y obsesionada por la sangre y la muerte en su cerebro enfermo. Era una historia horripilante. Algo de otra época, pensó Bill amargamente.

El escudo heráldico ya no significaba nada. No había hombres-lobo. Posiblemente tampoco hubo jamás vampiros. Eran supersticiones de otros tiempos, no del siglo XX, no de un mundo de *rock*, de movimientos pop, de masificación, de consumo, de protesta airada, de polución atmosférica…

El cadáver, el taburete volcado… y el arcón donde él estaba sentado. Miró a sus pies mientras se llevaba el vaso de scotch a los labios. Iba a tomar el trago, cuando lo advirtió.

Otra mancha oscura, como de óxido. A sus pies. Junto al arcón.

Frunció el ceño. Se incorporó. Miró el arcón. Otra mancha. Y otra. Muy pequeñas, casi inapreciables, sobre el dorado de la madera. Encima del mueble.

Se inclinó. Probó a abrirlo. Fue inútil. El arcón no cedió. Estaba bien cerrado. Examinó las pequeñas gotas de sangre seca. Se frotó el mentón, reconstruyendo mentalmente la escena. Miró a su alrededor, tratando de recordar el momento en que llegaron ellos a la casa…

—Siempre lo dije. Era algo subconsciente —musitó—. Aquí falta algo… Creo que sé lo que es…

Otra vez fijó sus ojos en el arcón. Una segunda prueba para abrirlo resultó fallida. Resueltamente, tomó una de las armas blancas. La introdujo en la ranura del mueble. Hizo palanca con ella. Crujió la madera. Luego, chascó la cerradura y se astilló el

mueble. Cedió la tapa. Estaba abierta.

Bill se inclinó, alzándola. Se quedó mirando al interior del arcón, atónito.

Allí estaba lo que faltaba en el salón de trofeos. Era grande, peludo, oscuro… Tenía muchas salpicaduras oscuras, de sangre seca.

Una piel. Una piel grande, de animal con garras. La agitó, tratando de sacarla de allí. Algo cayó de entre su pelo, golpeando sordamente el suelo.

Era una cassette. Una grabación magnética. La tomó, leyendo lo escrito con rotulador en la cajita de la cinta:

«WOODSTOCK Y ALTAMONT - PRIMERA PARTE».

Giró la cassette. Al otro lado no había nada escrito. Los ojos de Bill Canary se desviaron hacia la piel oscura. Hacia unas garras empapadas de sangre seca…

# CAPÍTULO VIII

Melody sonrió suavemente. Se inclinó sobre el herido.

—¿Cómo va eso, Brian? —preguntó, pasando su mano por la frente febril del joven batería.

—Mal —refunfuñó Woods, cerrando los ojos con un suspiro—. Tengo fiebre. Y muchos dolores, Melody. Como si me hubieran triturado.

—Faltó poco, Brian. Ese monstruo pudo haberte matado. Esto es como nacer de nuevo.

—Nacer de nuevo… —resopló Brian Woods tristemente—. ¿Valdrá realmente la pena, Melody?

—Supongo que sí. Es hermoso vivir, ¿no crees?

—No lo sé. Siento tanta confusión ahora… Tanta torpeza en mi mente…

—Si pudieras preguntar a Jenny, a Rocky, sabrías lo que ellos amaban la vida. Y ahora están muertos…

—Muertos… Sí, Melody —asintió el herido—. Muertos. Como Erika.

—Erika —la joven contempló a su compañero, pensativa—. ¿Por qué hablas de ella ahora?

—No sé. —Brian sacudió la cabeza—. Me vino a la mente, es todo. Uno piensa en muchas cosas cuando ve la muerte cerca… Pobre Erika. Era muy joven y hermosa. No debía haber muerto, ¿no crees?

—Nadie debería morir. Pero morimos todos, tarde o temprano, jóvenes o viejos, Brian. De todos modos, supongo que no te preocupó mucho su final. Ella…, ella no era últimamente muy buena amiga tuya, ¿verdad? Se reía de ti con frecuencia. A veces, sus burlas me hacían daño, Brian. No debe burlarse de nadie. No había motivo para ello, después de todo…

—No, no había motivo. —Brian hablaba con los ojos cerrados, apretados sus labios—. Pero Erika era así. Prefería a tipos como ese cerdo de Rocky Cole… Tipos duros, achulados… Erika era hermosa, pero estúpida. Creo que merecería morir sólo por eso.

—Brian, ¿qué dices? Nadie merece morir sólo por ser poco inteligente. Era buena chica, aunque algo irritante en su modo de ser. Cierto que no debió enamorarse de Rocky. Eso la llevó a la tumba. Los barbitúricos, su amor roto con el presuntuoso de Rocky…

—Ahora estarán juntos —silabeó Brian—. Unidos allá, donde se encuentren… y verán lo necios que fueron ambos, lo poco que merecía la pena el uno y el otro.

—No eres piadoso con ellos, Brian. Creí que no eras capaz de guardar rencor a nadie —se sorprendió Melody.

—Te asombrarías de lo rencoroso que puedo llegar a ser —musitó Brian, entreabriendo los ojos y mirando a Melody—. Sobre todo, si se burlan de mí, si me creen un pobre diablo incapaz de enamorar a una chica…

—Yo sé que eso no es cierto, Brian —sonrió Melody, guiñándole un ojo—. Por algo era buena amiga de Jenny.

—¿Jenny? ¿Jenny Lennox? —El herido se irguió en el lecho, sorprendido, mirándola fijamente—. ¿Qué tiene que ver ella en esto?

—Bueno, no esperes que una chica como Jenny vaya a ser una tumba con sus amigas —rió suavemente Melody—. Pobre Jenny… Era todo corazón. A ella sí le gustabas, estoy segura. Por algo me dijo que os habíais citado de noche, ¿no es cierto? Donde nadie os viera…

—¿Eso te dijo ella? —La voz de Brian Woods sonó ronca—. ¿Cuándo te lo dijo?

—Oh, fue un leve comentario, cosas de chicas, Brian, mientras nos preparábamos para ir a dormir. Aunque luego, al verla comer bombones y escuchar cassettes, pensé que había olvidado su cita contigo… Y, naturalmente, al amanecer asesinada por ese monstruo…, olvidé por completo vuestro romance. Es bonito llevar una cosa así a escondidas, Brian. Pero me sorprendió en Jenny… A ella no le importaba acostarse con un tipo a plena luz, y sin ocultarlo a nadie… ¿Tan romántico era vuestro idilio, Brian?

—Melody, tú… ¿tú has hablado de esa cita nuestra a los demás?

—No, claro que no —rió la joven—. ¿Crees que iban a burlarse también de ti?

—Pudiera ser. —Brian desvió sus ojos de ella—. Melody, quiero hablar contigo confidencialmente. ¿Quieres ver si viene alguien por el corredor?

—Oh, no hace falta, Brian. Podemos charlar, aunque más te convendría descansar, y…

—Por favor, mira afuera. Prefiero que no venga nadie, estar seguro de ello.

—Está bien. —Melody, extrañada, fue a la puerta. Asomó al pasillo—. No hay nadie, Brian, y no creo que…

Sorprendida, descubrió a Brian junto a ella. Pese a sus vendajes, pese a su cojera, se movía con rapidez y energía, sacando fuerzas de flaqueza. Su amigo la metió de nuevo en la habitación, cerró la puerta y giró la llave, guardándola en el bolsillo. Se quedó mirando a la asombrada Melody.

—¿Qué significa esto, Brian? —murmuró—. Vuelve a la cama. Esto no tiene sentido…

—Lo tiene, Melody. Y bien que lo siento —inesperadamente, la aferró por el cuello con una mano. La otra, la usó para tapar su boca súbitamente, amordazándola—. «Tengo que matarte, Melody».

Los ojos de ella se desorbitaron. Forcejeó inútilmente. Aún herido, Brian era muy fuerte para ella. No le gustó la expresión de su rostro.

—Nunca creí que Jenny mencionara a nadie nuestra cita. Insistí en ello cuando se lo dije. Pero las mujeres siempre sois iguales. Como Erika, la muy zorra… Burlándose, riéndose de mí…, y dejándose seducir por tipos que valían menos que yo. No, Melody. Hay cosas que un hombre no soporta. Amenacé a Erika, es cierto. Un día… incluso intenté matarla. Ella se dio cuenta. Me tomó miedo. Y entonces, la muy necia…, grabó esa cinta, en el dorso de Woodstock y Altamont, acusándome de intento de asesinato, advirtiendo que si algo le sucedía, yo sería culpable… Lástima, Me enteré demasiado tarde de eso. Cuando ya la había sorprendido en solitario, haciéndole tragarse un tubo entero de barbitúricos, de cuyo sueño ya no despertó…

Los ojos dilatados de Melody, eran ahora la viva estampa del

horror.

—Sí, Melody. Yo fui. Yo maté a Erika. No podía soportar sus desprecios, sus burlas… Su cuerpo, su rostro, me traían loco… Si no era mía, no sería de nadie más. Luego, esa estúpida grabación… fue escuchada por Jenny. Jenny, la entrometida. Me lo dijo. Firmó su sentencia de muerte, claro. Debía morir, ¿entiendes, Melody? No, no forcejees. No sirve de nada. Soy fuerte. Muy fuerte. Más de lo que parezco… Jenny era fuerte y no pudo conmigo. Cuando llegó abajo, al salón de trofeos, yo la esperaba envuelto en una piel de animal, una alfombra del suelo… La ataqué. Clavé las garras del animal en su cuello, en su cuerpo, hasta matarla… Luego, le quité la cassette, que ingenuamente me había traído… sólo para mostrármela y acusarme de ello. Guardé todo, pieles y cassette… Aún debo deshacerme de ello. Ya encontraré el medio. Para entonces, tú… estarás muerta, Melody, querida amiga… No, no me mires así… No maté a Rocky, aunque me alegró su muerte… Eso sí fue cosa del monstruo de los Korstein… Ese perro maldito debió oler la sangre de Jenny… y volvió a su locura homicida… Es lo que temió la vieja baronesa al verse ante el cadáver… Yo sólo me había procurado una coartada inteligente, ¿comprendes? Leyendas, un aullido, un animal que Bill y yo habíamos visto persiguiéndonos… Nadie sospecharía de mí, de un ser normal… La maldita Jenny se defendió duramente. Un taburete…, me golpeó la rodilla. Me hirió la muy perra… Y eso ha ido empeorando por culpa de ella… Bien, Melody, ahora ya lo sabes todo. Lo siento, preciosa…

Le rodeó el cuello. Presionó con sus dedos. Iba a asfixiarla.

## CAPÍTULO IX

El pomo de la puerta giró. Golpearon la puerta.

—¡Melody! —aulló la voz ronca de Bill Canary—. ¡Melody, abre!

Ella, con ojos dilatados, congestionada, miró hacia la puerta, hacia su verdugo implacable… Brian iba a apretar de nuevo…

No respondía, no hablaba. Miró a la ventana. Sin duda iba a estrangularla, a tirarla por allí, a fingir algún ataque por parte de otro monstruo… En aquella casa, pensó Melody, toda coartada era posible. ¿Quién podría sospechar de Brian Woods, el simpático y decidido batería de Los Diablos Plateados?

—¡Melody! ¡Abre! —exigió, rotundo, Bill—. O tiraré abajo la puerta… Brian, ¿acaso eres tú quien no quiere abrir? Si haces algo a Melody…, ¡te mataré…! Brian Woods, es inútil cuanto hagas. Encontré lo del arcón. Todo. Las pieles, las garras manchadas de sangre, la cassette de Erika… Lo demás es fácil de comprender, ¿no te das cuenta? Si matas a otra mujer, no resolverás ya nada… Esa grabación te acusa. Se acabó, Brian… Se acabó todo para ti…

Melody contemplaba como hipnotizada a su agresor. La mano engarfiada en su cuello, cedió en la presión. Lenta, muy lentamente, la fue soltando. Destapó su boca. Retrocedió Brian, tambaleante, demudado, convertido en un pelele…

—Abre, Melody —murmuró, tirándole la llave al suelo—. Abre…, y perdona. Perdona, amiga mía… Perdonadme todos…

Angustiada, ávida por salir de allí, Melody se inclinó y tomó la llave, la hizo girar en la cerradura y abrió la puerta…

—¡Bill, Bill querido! —gimió al salir.

A sus espaldas, el estruendo de vidrios fue ensordecedor. Melody gritó, girando la cabeza. También Bill Canary se quedó en el umbral, oprimiendo a la joven contra su pecho, mirando con ojos dilatados hacia el ventanal de cristales emplomados, multicolores,

ahora desgajados por el cuerpo de Brian Woods, al precipitarse en mortal zambullida al patio de suelo de piedra…

El impacto, abajo, fue sordo, siniestro. Luego, reinó un silencio mortal.

Melody sollozó, en brazos de Bill. Él la confortó:

—Ha sido mejor así… Ahora sé lo que sucedió realmente. Lo que Brian no podía imaginar, al salir esta noche subrepticiamente de la alcoba que compartía conmigo y con Paul, es que iba a comenzar una historia de sangre escalofriante, provocada por su propio crimen, en otros seres muy distintos a él…, pero unidos todos, por encima de edades y épocas, por un mismo elemento común: el odio, las pasiones, acaso el desequilibrio mental… Vamos, Melody, vamos ya…

La apartó de la habitación. Salían ya los demás componentes del grupo pop, indagando lo sucedido. Bill no se detuvo a explicárselo. Melody necesitaba ahora todas sus atenciones.

Y quizá las seguiría necesitando por mucho más tiempo…

**FIN**



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.